

BIBLIOTECA ANDRÉS BELLO

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA

SUS MEJORES POESÍAS

ELEGÍAS

ODAS BREVES Y OTROS POEMAS

APRECIACIÓN DEL POETA, POR R. BLANCO-FOMBONA

MADRID

SOCIEDAD ESPAÑOLA DE LIBRERÍA

LIBERTAD, 7.

GI NÉ (B)

NAJE A

MEMOIRS

POISSON

PQ7297

.G8

A17

1915

3,50

T2 24

147
A
S
9

SUS MEJORES POESIAS

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

314

BIBLIOTECA ANDRÉS BELLO

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA

SUS MEJORES POESÍAS

ELEGÍAS

ODAS BREVES

Y OTROS POEMAS

MADRID
SOCIEDAD ESPAÑOLA DE LIBRERÍA
LIBERTAD, 7.

15593

314

BIBLIOTECA ANDRÉS BELLO

IV-2-247a



1020099579

PQ3297

.G8

A17

1915

IMPRESA DE JUAN PUEYO.—MESONERO ROMANOS, 34.

LUMINARIAS

1433

PARA UN MENÚ

Las novias pasadas son copas vacías;
en ellas pusimos un poco de amor;
el néctar tomamos... huyeron los días...
¡Traed otras copas con nuevo licor!

Champán son las rubias de cutis de azalia;
borgoña los labios de vivo carmín;
los ojos oscuros son vino de Italia,
los verdes y claros son vino del Rhin!

Las bocas de grana son húmedas fresas;
las negras pupilas escancian café,
son ojos azules las llamas traviesas
que trémulas corren como almas del te!

La copa se apura, la dicha se agota;
de un sorbo tomamos mujer y licor...
las copas dejemos... Si queda una gota,
que beba el lacayo las heces de amor!

TRES AMANTES

I

—¿Quién eres?—Un guerrero. Mi espada vencedora
cien pueblos ha ganado.
Cuentan que no hay espejo más noble, mi señora,
que el peto del soldado.
Creí ser indomable. ¡Mentira! Tu hermosura
mi altiva frente humilla;
el paladín hercúteo de bélica armadura
temblando se arrodilla.—

—¡Aparta! no me sirven, guerrero, tus laureles!
 busco mejor vasallo;
 no estorbes mi camino. ¡Apártate, que hueles
 á crines de caballo!—

II

—¿Quién eres?—Soy el bardo. Poder ninguno iguala
 al noble poder mío;
 esmaltan las estrellas las plumas de mi ala
 cual gotas de rocío.
 En mí reside y obra la potestad que crea
 espíritus y mundos;
 no hay águila que vuele más alto que mi idea,
 ni abismos más profundos!
 Yo haré de tu belleza la estatua de alabastro,
 la Venus victoriosa:
 de tu palabra, el himno; de tu mirada, el astro;
 de la mujer, la diosa!
 Como diamantes sueltos, en tus cabellos rubios
 titilarán luceros;

y te daré por siervos, en vez de esclavos nubios,
 los siglos venideros!

—¡Aparta! No con trovas ni voces de profeta
 molestes más mi oído;
 desprecio tus amores. ¡Apártate, poeta!
 ¡Remienda tu vestido!

III

—¿Quién eres?—El que mancha las almas, y el que roba
 la honra y el decoro.
 La cinta de tu veste, la llave de tu alcoba,
 ¡El oro... soy el oro!
 El viejo lujurioso que por la puerta espía
 el baño de Susana;
 la Celestina ronca, la repugnante harpía
 que ofrece cortesana.
 Te espero. Yo soy Fausto. Como antes Margarita,
 del templo también sales:
 me acerco, y en tu oído, que trémulo palpita,
 murmuro: ¿cuánto vales?

Siebel enamorado te aguarda con un ramo
 para adornar tu pecho...
 ¿Que importa? Seré siempre para tu alma, el amo;
 para tu cuerpo, el lecho!
 Tu castidad es cirio, respeto de los buenos,
 que yo al pasar apago;
 de mármol son tus brazos, de mármol son tus senos;
 no importa: yo los pago.
 Comercia con tus gracias, trafica tus hechizos
 y vende cuanto puedas;
 si amante me recibes, el oro de tus rizos
 convertiré en monedas.
 Se acerca el que esperabas. Entre mis áureos brazos
 todo placer se encuentra...

IV

La joven desanuda de su corsé los lazos
 y dice al crimen: ¡Entra!

MARIPOSAS

A. J. M. Bustillos.

Ora blancas cual copos de nieve,
 ora negras, azules ó rojas,
 en miriadas esmaltan el aire
 y en los pétalos frescos retozan.
 Leves saltan del cáliz abierto,
 como prófugas almas de rosas,
 y con gracia gentil se columpian
 en sus verdes hamacas de hojas.
 Una chispa de luz les da vida

y una gota al caer las ahoga;
aparecen al claro del día,
y ya muertas las halla la sombra.

¿Quién conoce sus nidos ocultos?
¿En qué sitio de noche reposan?
Las coquetas no tienen morada!...
Las volubles no tienen alcoba!...
Nacen, aman, y brillan y mueren
en el aire, al morir se transforman,
y se van, sin dejarnos su huella,
cual de tenue llovizna las gotas.

Tal vez unas en flores se truecan,
y llamadas al cielo las otras,
con millones de alitas compactas
arco-iris espléndido forman.
Vagabundas, ¿en dónde está el nido?
Sultanita, ¿qué harem te aprisiona?
¿A qué amante prefieres, coqueta?
¿En qué tumba dormís, mariposas?

*
* *

¡Así vuelan y pasan y expiran
las quimeras de amor y de gloria,
esas alas brillantes del alma,
ora blancas, azules ó rojas!
¿Quién conoce en qué sitio os perdisteis,
ilusiones que sois mariposas?
¡Cuán ligero voló vuestro emjambre
al caer en el alma la sombra!

Tú, la blanca, ¿por qué ya no vives?
¿No eras fresco azahar de mi novia?
Te formé con un grumo del cirio
que de niño llevé á la parroquia;
eras casta, sencilla, creyente,
y al posarte temblando en mi boca
murmurabas, heraldo de dichas
“¡Ya está cerca tu noche de bodas!”

Ya no viene la blanca, la buena!
Ya no viene tampoco la roja,
la que en sangre teñí, beso vivo,
al morder unos labios de rosal

Ni la azul que me dijo: ¡poeta!
 Ni la de oro, promesa de glorial
 Ha caído la tarde en el alma.
 ¡Es de noche... ya no hay mariposas!
 Encended ese cirio amarillo...
 ya vendrán en tumulto las otras,
 las que tienen las alas muy negras
 y se acercan en fúnebre ronda!
 Compañeras, la cera está ardiendo;
 compañeras, la pieza está sola!
 Si por mi alma os habéis enlutado,
 venid pronto, venid, mariposas!

A VICENTE RIVA PALACIO

POETA - GENERAL - MINISTRO

Con túnicas blancas se acercan los niños,
 de azules jacintos se cubre el altar,
 y rubias doncellas, de niveos corpiños,
 avanzan, ceñida la sien de azahar.

¿Quién es el que parte? ¿Por qué de Neptuno
 imploran las preces piedad y favor?
 ¿Por qué sacrifican palomas á Juno,
 y el coro preside severo lictor?

.....

.....

Poséidon cerúleo, con soplo suave
 los vientos alisios te plazca impulsar...
 ¡Al nauta protégel! Protege la nave,
 señor del potente, velívolo mar!

A ti confiamos precioso tesoro;
 enfrena los vientos, las olas detén.
 Las blancas nereidas sus trenzas de oro
 ufanas columpien en blando vaivén.

Quien hoy, sonriendo, la playa abandona
 y surca tus seños de verde cristal,
 ostenta en sus sienes la doble corona
 del patrio guerrero, del vate inmortal.

El dios soberano del arco de plata
 con clámide blanca su cuerpo cubrió,
 y el manto soberbio de seda escarlata
 la Guerra implacable, vencida, le dió.

Él es nuestra gloria: si canta, sorprende
 el son de su lira labrada en marfil;
 patriótico fuego los pechos enciende
 y el brazo sacude vigor juvenil.

¡Ampara, Poséidon, la barca viajera!
 ¡Tu férreo tridente sujete la mar!
 ¡Que le abra Neptuno la playa extranjera
 y quieran las Gracias sus pasos guiar!

.....

El coro enmudece; é impávida y grave
 se aleja del templo gentil procesión.
 Anclada en el puerto se mece la nave...
 Poséidon escuche la tierna oración!

PAX ANIMÆ

Ni una palabra de dolor blasfemo.
Sé altivo, se gallardo en la caída,
¡y ve, poeta, con desdén supremo
todas las injusticias de la vida!

No busques la constancia en los amores,
no pidas nada eterno á los mortales,
y haz, artista, con todos tus dolores
excelsos monumentos sepulcrales.

En mármol blanco tus estatuas labra,
castas en la actitud, aunque desnudas,
y que duerma en sus labios la palabra...
y se muestren muy tristes... ¡pero mudas!

¡El nombre!... ¡Débil vibración sonora
que dura apenas un instante! ¡El nombre!...
¡Idolo torpe que el iluso adora!
Última y triste vanidad del hombre!

¿Á qué pedir justicia ni clemencia
—si las niegan los propios compañeros—
á la glacial y muda indiferencia
de los desconocidos venideros?

¿Á qué pedir la compasión tardía
de los extraños que la sombra esconde?
¡Duermen los ecos en la selva umbría
y nadie, nadie á nuestra voz responde!

En esta vida el único consuelo
es acordarse de las horas bellas,
y alzar los ojos para ver el cielo...
cuando el cielo está azul ó tiene estrellas.

Huir del mar y en el dormido lago
disfrutar de las ondas el reposo...
dormir... soñar... El sueño, nuestro mago,
es un sublime y santo mentiroso.

¡Ay! Es verdad que en el honrado pecho
pide venganza la reciente herida...
pero, perdona el mal que te hayan hecho.
Todos están enfermos de la vida.

Los mismos que de flores se coronan
para el dolor, para la muerte nacen...
si los que tú más amas te traicionan
¡perdónalos, no saben lo que hacen!

Acaso esos instintos heredaron,
y son los inconscientes vengadores
de razas ó de stirpes que pasaron
acumulando todos los rencores.

¿Eres acaso el juez? ¿El impecable?
¿Tú la justicia y la piedad reunes?
¿Quién no es fugitivo responsable
de alguno ó muchos crímenes impunes?

¿Quién no ha mentido amor y ha profanado
de un alma virgen el sagrario augusto?
¿Quién está cierto de no haber matado?
¿Quién puede ser el justiciero, el justo?

Lástimas y perdón para los vivos.
Y así, de amor y mansedumbre llenos,
seremos cariñosos, compasivos...
¡y alguna vez, acaso, acaso buenos!

¿Padeces? Busca á la gentil amante,
 á la impasible é inmortal belleza,
 y ve apoyado, como Lear errante,
 en tu joven Cordelia: la tristeza.

Mira: se aleja perezoso el día...
 ¡qué bueno es descansar! El bosque oscuro
 nos arrulla con lánguida armonía...
 El agua es virgen. El ambiente es puro.

La luz, cansada, sus pupilas cierra;
 se escuchan melancólicos rumores,
 y la noche, al bajar, dice á la tierra:
 —Vamos... ya está... ya duérmete... no llores.

Recordar... Perdonar... Haber amado...
 ser dichoso un instante, haber creído...
 y luego... reclinarse fatigado
 en el hombro de nieve del olvido.

Sentir eternamente la ternura
 que en nuestros pechos jóvenes palpita,
 y recibir, si llega, la ventura,
 como á hermosa que viene de visita.

Siempre escondido lo que más amamos;
 siempre en los labios el perdón risueño;
 hasta que al fin, ¡oh, tierral á ti vayamos
 con la invencible laxitud del sueño.

Esa ha de ser la vida del que piensa
 en lo fugaz de todo lo que mira,
 y se detiene, sabio, ante la inmensa
 extensión de tus mares, ¡oh, Mentiral

Corta las flores, mientras haya flores,
 perdona las espinas á las rosas...
 ¡también se van y vuelan los dolores
 como turba de negras mariposas!

Ama y perdona. Con valor resiste
lo injusto, lo villano, lo cobarde..
Hermosamente pensativa y triste
está al caer la silenciosa tarde.

.....

Cuando el dolor mi espíritu sombrea
busco en las cimas claridad y calma,
¡y una infinita compasión albea
en las heladas cumbres de mi alma!

PARA EL CORPIÑO

Las campánulas hermosas
¿sabes tú qué significan?
—Son campanas que repican
en las nupcias de las rosas.
Las campánulas hermosas
son campanas que repican.

¿Ves qué rojas son las fresas?
¡Y más rojas si las besas!
¿Por qué es rojo su color?

—¡Esas fresas tan suaves,
son la sangre de las aves
que asesina el cazador!
Las violetas pudorosas,
en sus hojas escondidas;
las violetas misteriosas
son luciérnagas dormidas.

¿Ves mil luces cintilantes
tan brillantes cual coquetas,
nunca fijas, siempre errantes?
—¡Es que vuelan las violetas!
La amapola, ya es casada;
cada mirto es un herido;
la gardenia inmaculada
es la blanca desposada
esperando al prometido.
Cuando flores tú me pides,
yo te mando “¡no me olvides!”

—“¿No me olvides?” frescas flores
te prodigan sus aromas,

y en tus hombros seductores
se detienen las palomas.
No hay invierno, no hay tristeza
con amor. Naturaleza
todo agita, todo mueve,
luz difunde, siembra vidas...
¿Ves los copos de la nieve?
¡Son palomas entumidas!

Tiene un alma cuanto es bello;
los diamantes,
¡son los trémulos amantes
de tu cuello!
¡La azúcana que te envió
es novicia que profesa,
y tu boca es una fresa
empapada de rocío!

Buenos dioses tutelares,
¡dadme ramos de azahares!

Si me muero, dormir quiero
bajo flores compasivas...
Si me muero, si me muero,
dadme muchas siemprevivas.

DE BLANCO

¿Qué cosa más blanca que cándido lirio?
¿Qué cosa más pura que místico cirio?
¿Qué cosa más casta que tierno azahar?
¿Qué cosa más virgen que leve neblina?
¿Qué cosa más santa que el ara divina
de gótico altar?

De blancas palomas el aire se puebla;
con túnica blanca, tejida de niebla,
se envuelve á lo lejos feudal torreón;
erguida en el huerto la trémula acacia,
al soplo del viento sacude con gracia
su níveo pompón.

¿No ves en el monte la nieve que albea?
 La torre muy blanca domina la aldea,
 las tiernas ovejas triscando se van;
 de cisnes intactos el lago se llena,
 columpia su copa la enhiesta azucena
 y su ánfora inmensa levanta el volcán.

Entremos al templo: la hostia fulgura,
 de nieve parecen las canas del cura,
 vestido con alba de lino sutil;
 cien niñas hermosas ocupan las bancas,
 y todas vestidas con túnicas blancas
 en ramos ofrecen las flores de Abril.

Subamos al coro: la virgen propicia
 escucha los rezos de casta novicia
 y el Cristo de mármol expira en la cruz;
 sin mancha se yerguen las velas de cera,
 de encaje es la tenue cortina ligera
 que ya transparenta del alba la luz.

Bajemos al campo: tumulto de plumas
 parece el arroyo de blancas espumas
 que quieren, cantando, correr y saltar;
 su airosa mantilla de fresca neblina
 terció la montaña; la vela latina
 de barca ligera se pierde en el mar.

Ya salta del lecho la joven hermosa,
 y el agua refresca sus hombros de diosa,
 sus brazos ebúrneos, su cuello gentil,
 cantando y risueña se ciñe la enagua,
 y trémulas brillan las gotas del agua
 en su árabe peine de blanco marfil.

¡Oh mármol! ¡Oh nieve! ¡Oh inmensa blancura
 que esparces doquiera tu casta hermosura!
 ¡Oh tímida virgen! ¡Oh casta vestal!
 Tú estás en la estatua de eterna belleza;
 de tu hábito blanco nació la pureza,
 ¡al ángel das alas, sudario al mortal!

Tú cubres al niño que llega á la vida;
coronas las sienes de fiel prometida,
al paje revistes de rico tisú.
¡Qué blancos son, reinas, los mantos de armiño!
¡Qué blanca es, ¡oh madres! la cuna del niño!
¡Qué blanca, mi amada, qué blanca eres tú!

En sueños ufanos de amores contemplo
alzarse muy blancas las torres de un templo
y oculto entre lirios abrirse un hogar:
el velo de novia se prende á tu frente,
cual nube de gasa cayó lentamente,
y viene en tus hombros su encaje á posar.

TRAS LOS MONTES

¡Pobre alma! golondrina que no tiene
más nido que tu amor, dulce bien mío,
pájaro errante que á buscarte viene,
empapadas las alas de rocío.

Deja, sí, deja que á tu choza vuelva:
hierven las aguas del arroyo inquieto
y extienden las encinas en la selva
sus inmóviles brazos de esqueleto.

El valle con la noche se ennegrece.
 Duermen las flores y las fresas rojas,
 y á veces la luciérnaga parece
 una lágrima de oro entre las hojas.

Huyen las aves con medroso vuelo,
 rozan sus alas la campiña muda,
 y negra nube atravesando el cielo
 como gigante víbora se anuda.

¡Ah, qué negra es la noche de la vida!
 ¡Qué largo este camino! Casi muerta
 el ave de mi alma, entumecida,
 ha caído sin fuerzas en tu puerta.

El bosque obscuro atravesar no quiere,
 ya no puede volar á la montaña,
 la lluvia moja su plumaje, y muere
 sin sentir el calor de la cabaña.

Ábrele, que en sus alas han caído
 las hojas, secas ya, de sus amores,
 todas las tempestades del olvido,
 y la lluvia de todos los dolores.

ONDAS MUERTAS

En la sombra, debajo de tierra,
donde nunca llegó la mirada,
se deslizan en curso infinito
silenciosas corrientes de agua.
Las primeras, al fin, sorprendidas,
por el hierro que rocas taladra,
en inmenso penacho de espumas
hervorosas y límpidas saltan.
Mas las otras, en densa tiniebla,
retorciéndose siempre resbalan,
sin hallar la salida que buscan,
á perpetuo correr condenadas.

Á la mar se encaminan los ríos,
y en su espejo movible de plata,
van copiando los astros del cielo
ó los pálidos tintes del alba.
Ellos tienen cendales de flores,
en su seno las ninfas se bañan,
fecundizan los fértiles valles,
y sus ondas son de agua que canta.

En la fuente de mármoles niveos,
juguetona y traviesa es el agua,
como niña que en regio palacio
sus collares de perlas desgrana:
ya cual flecha bruñida se eleva,
ya en abierto abanico se alza,
de diamante salpica las hojas
ó se duerme cantando en voz baja.

En el mar soberano las olas
los peñascos abruptos asaltan:
al moverse, la tierra conmueven
y en tumulto los cielos escalan,

Allí es vida y es fuerza invencible,
allí es reina colérica el agua,
como igual con los cielos combate
y con dioses y monstruos batalla.

¡Cuán distinta la negra corriente
á perpetua prisión condenada,
la que vive debajo de tierra
do ni yertos cadáveres bajan!
La que nunca la luz ha sentido,
la que nunca solloza ni canta,
esa muda que nadie conoce,
esa ciega que tienen esclava!

Como ella, de nadie sabidas,
como ella, de sombras cercadas,
sois vosotras también, las oscuras
silenciosas corrientes del alma.
¿Quién jamás conoció vuestro curso?
¡Nadie á veros benévolo baja!
Y muy hondo, muy hondo se extienden

vuestras olas cautivas que callan!
Si camino os abrieran saldríais,
como chorro bullente de agua,
que en columna rabiosa de espuma
sobre pinos y cedros se alza!
Pero nunca jamás, prisioneras,
sentiréis de la luz la mirada:
seguid siempre rodando en la sombra,
silenciosas corrientes del alma.

LA MISA DE LAS FLORES

Boileau se queda en el aula
y Voltaire en la ciudad.
¡Musa, al campo! ¡Abre la jaula!
¡Señores versos, entrad!

Alce la oda en el bosque
su deslumbrante oriflama;
que la sátira se enrosque
y que brinque el epigrama.

Beba el madrigal coqueto
en los lirios vino blanco,
y pensativo el soneto
descanse en rústico banco.

Tenue, frígido remusgo
entre los alcores sopla.
¡Cuántas perlas en el musgo
hay para tu cuello, copla!

Despierta, perezosilla:
despierta, que viene el alba...
para hacerte una sombrilla
cortó Robín esta malva.

Deja tu alcoba: el jazmín
no en blando reposo ólvides,
que te aguarda tu escarpín,
tu pequeño no me olvides,

La persiana de cristal
que anoche tejió la escarcha
en tu cámara nupcial
rompe de un soplo, ¡y en marcha!

Ya no triste soliloquia
el nocturno rui señor,
y el gorrión madrugador
llama á misa en la parroquia.

Vamos al templo. Hoy es fiesta.
Tulipán dirá el sermón;
en la misa, gran orquesta;
y en la tarde, procesión.

Palomas y codornices;
con hojitas de azahares
remiendan sobrepellices
y componen los altares,

Un pobre topo, el más mandria
y apocado, barre el coro.
¡Hoy va á cantar la calandria,
la calandria de voz de orol

Será el zentzontle, tenor;
jilguero, primer violín;
y maestro director
el arrogante clarín.

La pila de agua bendita
que está en el rincón umbrío,
es silvestre margarita
llena de fresco rocío.

El candelabro mayor
es una hermosa araucaria,
y aquel altar, siempre en flor,
es de santa pasionaria.

Mil cazoletas de almendro
perfuman el tabernáculo;
ya viene con mitra y báculo
monseñor el rododendro.

Van, los breves aretillos
repicando cascabeles,
y detrás, rojos claveles
vestidos de monaguillos.

Doble sarta de corales
parecen: mira al monago
que marcha entre dos ciriales
y alza la cruz de Santiago.

Otro, guapo y petimetre
va con acetre é hisopo,
y el hisopo de su acetre
es un pompón de heliotropo.

Del coro bajo en las rejas,
absortas en sus plegarias,
se agrupan las trinitarias
que tienen caras de viejas.

¿No miras los blancos cirios
de plateadas escamas?
Son encarrujados lirios,
y de myrtho son las llamas.

Á la camelia patricia
y á la azalea pizpireta
ve azucena la novicia
con sus ojos de violeta.

En bello sitial la dalia
como priora se esponja,
mientras la tórtola monja
entra de sayo y sandalia.

Abajo, frescas irídeas
 cubren la arena del piso;
 y forman árido friso
 en los muros, las orquídeas.

¿No oíste parar un coche?
 Es del alcalde. ¡Qué gruesa
 va la señora alcaldesa
 con su Dondiego de noche!

En cambio, ¡qué jubilosas,
 qué frescas y qué elegantes
 están las jóvenes rosas!
 ¡Qué indevotos sus amantes!

Aquél que de negro viste,
 el de las grandes ojeras,
 es un Pensamiento triste...
 ¡Sufre mucho! ¡Si supieras!...

Mas ¡silencio! ¡De rodillas!
 Ya el monago de roquete
 girar hace el rehilete
 de azulinas campanillas.

Parece el altar brillante
 ascua de plata inflamada:
 ¡ya levanta el oficiante
 la gardenia inmaculada!

Luego, una ráfaga fría
 súbita baja del coro
 y apaga la luz que ardía
 en el gran trébol de oro.

Los rojos mirtos, prendidos
 en los cirios, azulean,
 se retuercen, parpadean
 y quédanse al fin dormidos.

Sus pábilos en hilera
simulan negro rosario;
por la torcida escalera
baja el cuervo al santuario.

Frente al sagrario se hinca,
el agudo pico tiende;
y, lámpara azul, se enciende,
tremulante, la pervinca.

Salgamos: la muda selva
derrama dulce beleño,
y esparce la madre selva
su apacible olor de sueño.

Cierran las flores sus broches;
calla la breve campana:
flores nuevas, buenas noches;
Musa azul, hasta mañana.

LA SERENATA DE SCHUBERT

I

¡Oh, qué dulce canción! Limpida brota
esparciendo sus blandas armonías,
y parece que lleva en cada nota
¡muchas tristezas y ternuras mías!
¡Así hablara mi alma, si pudiera!
¡Así dentro del seno,
se quejan, nunca oídos, mis dolores!
Así, en mis luchas, de congoja lleno,
digo á la vida: —Déjame ser bueno
¡Así sollozan todos mis amores!

¿De quién esa voz? Parece alzarse
 junto del lago azul, en noche quieta,
 subir por el espacio, y desgranarse
 al tocar el cristal de la ventana
 que entreabre la novia del poeta.

¿No la oís como dice: "hasta mañana?"

¡Hasta mañana, amor! El bosque espeso
 cruza, cantando, el venturoso amante,
 y el eco vago de su voz distante
 decir parece: "¡hasta mañana, besol!"

¿Por qué es preciso que la dicha acabe?
 ¿Por qué la novia queda en la ventana,
 y á la nota que dice: "¡hasta mañana!"
 el corazón responde: "¿quién lo sabe?"

¡Cuántos cisnes jugando en la lagunal
 ¡Qué azules brincan las traviesas olas!
 En el sereno ambiente ¡cuánta. lunar!
 Mas las almas ¡qué tristes y qué solas!

En las ondas de plata
 de la atmósfera tibia y transparente,
 como una Ofelia náufraga y doliente,
 ¡va flotando la tierna serenatal...

Hay ternura y dolor en ese canto,
 y tiene esa amorosa despedida
 la transparencia nítida del llanto,
 ¡y la inmensa tristeza de la vida!
 ¿Qué tienen esas notas? ¿Por qué lloran?
 Parecen ilusiones que se alejan;
 sueños amantes que piedad imploran,
 y como niños huérfanos se quejan.

Bien sabe el trovador cuán inhumana
 para todos los buenos es la suerte,
 que la dicha es de ayer... y que "mañana"
 es el dolor, la obscuridad, ¡la muerte!

II

El alma se compunge y estremece
 al oír esas notas sollozadas...

¡Sentimos, recordamos, y parece
 que surgen muchas cosas olvidadas!

.....

¡Un peinador muy blanco y un pianol

Noche de luna y de silencio afuera...
Un volumen de versos en mi mano,
y en el aire ¡y en todo! primavera.

¡Qué olor de rosas frescas! en la alfombra,
¡qué claridad de luna; qué reflejos!
¡Cuántos besos dormidos en la sombra,
y la muerte, la pálida, qué lejos!

En torno al velador, niños jugando...
La anciana, que en silencio nos veía...
Schubert en tu piano sollozando,
y en mi libro, Musset con su "Lucia."

¡Cuántos sueños en mi alma y en tu alma!
¡Cuántos hermosos versos! ¡Cuántas flores!
En tu hogar apacible, ¡cuánta calma!
Y en mi pecho, ¡qué inmensa sed de amores!

Y todo ya muy lejos. Todo ido.
¿En dónde está la rubia soñadora?
Hay muchas aves muertas en el nido,
y vierte muchas lágrimas la aurora.

Todo lo vuelvo á ver... ¡Pero no existel
Todo ha pasado ahora... ¡Y no lo creo!
Todo está silencioso, todo triste...

y todo alegre, como entonces, veol
Esta es la casa... ¡Su ventana aquélla!
Ese, el sillón en que bordar solía...
La reja verde... y la apacible estrella
que mis nocturnas pláticas oía!

Bajo el cedro robusto y arrogante,
que allí domina la calleja oscura,
por la primera vez y palpitante
estreché con mis brazos su cintural

Todo presente en mi memoria queda
La casa blanca, y el follaje espeso...
El lago azul... El huerto... La arboleda,
donde nos dimos, sin pensarlo, un beso.

Y te busco, cual antes te buscaba,
y me parece oírte entre las flores,
cuando la arena del jardín rozaba
el percal de tus blancos peinadores.

Y nada existe ya. Calló el piano...
Cerraste, virgencita, la ventana...
y oprimiendo mi mano con tu mano,
me dijiste también: "hasta mañana".
¡Hasta mañana. Y el amor risueño

no pudo en tu camino detenerte!..
Y lo que tú pensaste que era el sueño,
fué sueño, ¡pero inmenso! ¡El de la muerte!

III

Ya nunca volveréis, noches de plata
ni unirán en mi alma su armonía,
Schubert, con su doliente serenata
y el pálido Musset con su "Lucía."

A LA CORREGIDORA

Al viejo primate, las nubes de incienso;
al héroe, los himnos; á Dios, el inmenso
de bosques y mares solemne rumor;
al púgil que vence, la copa murrina;
al mártir, las palmas; y á ti—la heroína—
las hojas de acanto y el trébol en flor.

Hay versos de oro y hay notas de plata;
mas busco, señora, la estrofa escarlata,
la estrofa de sangre, la estrofa oriental:
y húmedas, vivas, calientes y rojas,
á mí se me tienden las trémulas hojas
que en gráciles redes columpia el rosal.

¡Brotad, nuevas flores! ¡Surgid á la vidual
 ¡Despliega tus alas, gardenia entumida!
 ¡Botones, abríos! ¡Oh mirtos, arded!
 ¡Lucid, amapolas, los ricos brialess!
 ¡Exúberas rosas, los pérsicos chales
 de sedas joyantes al aire tended!

¿Oís un murmullo que, débil, remeda
 el frote friolento de cauda se seda
 en mármoles tersos ó limpio marfil?
 ¿Oís?... ¡Es la savia fecunda que asciende,
 que hincha los tallos y rompe y enciende
 los rojos capullos del príncipe Abril!

¡Oh, noble señoral La tierra te canta
 el salmo de vida, y á ti se levanta
 el germen despierto, el núbil botón,
 el lirio gallardo de cáliz erecto,
 y fúlgido, levé, vibrando, el insecto
 que rasga impaciente su blanda prisión!

La casta azucena, cual tímida monja,
 inciensa tus aras; la dalia se esponja
 como ave impaciente que quiere volar;
 y astuta, prendiendo su encaje á la piedra,
 en corvos festones circunda la yedra,
 celosa y constante, señora, tu altar!

El chorro del agua con ímpetu rudo,
 en alto su acero, brillante y desnudo,
 bruñido su casco, rizado el airón,
 y el iris por banda, buscándote salta
 cual joven amante que brinca á la alta
 velada cornisa de abierto balcón.

Venid á la fronda que os brinda hospedaje
 ¡oh pájaros raudos de rico plumaje;
 los nidos aguardan; venid y cantad!
 Cantad á la alondra que dijo al guerrero
 el alba anunciando: ¡Desnuda tu acero,
 despierta á los tuyos... Es hora... Marchad! (1)

(1) Esta poesía fué la última que escribió Gutiérrez Nájera. Es de 1895, año en que murió el poeta, aún joven, en la capital de su patria, México.

LA CENA DE NOCHE-BUENA

Acercáos á la mesa,
mis recuerdos, porque os llamo,
id saliendo de la huesa,
muertecitos que yo amo.
Cosas idas, cosas muertas,
ilusiones ya perdidas,
acercáos á mis puertas,
cosas muertas, cosas idas.
De la cena preparada,
el salón está vacío,
cae muy triste la nevada,
tengo miedo, tengo frío.
Convidados á mi cena,

muertecitos que yo amo,
acudid á mi reclamo,
que esta noche es Noche-Buena.
Está abierta mi ventana
y la lluvia la salpica,
mientras oigo la campana
que repica.
Buen amigo, pobre hermana,
de mi casa los ausentes,
venid todos tan aprisa,
como á esta hora van á misa
los creyentes.



Pobre hermana que te fuiste,
si vivieras todavía,
cuando siento mi alma triste,
¡cuántas cosas te diría!
Ven, y pronto, ven ahora.
Cuando llegue la mañana
y á la misa de la aurora
llame lenta la campana,

terminada ya la cena,
 podrás irte, podrás irte,
 y tendremos que decirte:
 ¡Hasta la otra Noche-Buenal
 Pero ahora, mi hermanita,
 reina aún la noche oscura,
 deja, pues, ¡oh, muertecita!
 tu callada sepultura.

*
 **

Son las doce. Jesús nace...
 Vuelvo el rostro al Nacimiento,
 y la cera se deshace
 combatida por el viento.
 Nadie cuida á los pastores,
 nadie canta villancicos,
 ni á la Virgen llevan flores
 los ancianos y los chicos.
 En el heno blanco y yerto
 está el Dios recién nacido,
 y al mirarlo allí dormido,
 me parece que está muerto.

¡Fe de niño, ven al punto!
 Que tu voz me purifique...
 Y no viene, y me pregunto:
 ¿Por qué dobla ese repique?

*
 **

Del árbol en las ramas,
 mil velas arden,
 ¡que no tarden los niños,
 que no se tarden!
 ¿Por qué no vienen,
 si aquí tantos juguetes
 y dulces tienen?

Esta espada de acero
 para el más grande,
 y soldados de plomo
 á quienes mande.

Y esta muñeca rubia
 tan bien vestida,
 para la niña blanca,
 bien de mi vida.

Ya veréis cómo gritan
 los muy traviosos,
 y cómo los devora
 su madre á besos.

Pero el árbol se apaga,
 ¡ninguno llega!
 Y en la desierta alcoba
 ¡ni un niño juega!

*
 **

Seres que venís de lejos,
 ansían vuestros cariños

los que tienen padres viejos
 y no tienen hijos niños!
 ¡Con qué impaciencia os imploro
 para mezclar con mis manos,
 vuestros ricitos de oro
 entre sus cabellos canos!
 ¡Amor que ennoblece y salva,
 ven pronto á mi hogar estrecho,
 que ya á la misa del alba
 están tocando en mi pechol

*
 **

Mis viajeros pequeñitos,
 mis ausentes adorados,
 los humildes muertecitos
 á mi cena convidados;
 ya regresan de la misa
 los devotos, los creyentes...
 ¡Mis amigos, mis ausentes,
 daos prisa, daos prisa!
 Dejad ya con planta breve,
 vuestro místico palacio;

caminando tan despacio
 vendréis yertos por la nieve!
 Mi esperanza que os desea
 como niña pobrecilla,
 en la blanca chimenea
 puso ya la zapatilla.
 Oír pienso vuestro paso,
 quiero ver y no me atrevo,
 ¡dejad pronto sobre el raso
 mi regalo de año nuevo!

*
 **

¡No doblan las campanas,
 no, que repican!
 ¡Plumas de alondra llueven
 no nieve fría!
 Dios ha nacido.
 ¡Jesús no yace muerto,
 que está dormido!

*
 **

Casta ilusión que me alientas,
 sueño de dicha sereno,
 si á mi cena te presentas,
 seré bueno, seré bueno.
 Ya no vacilo ni dudo;
 no miro mi hogar desierto,
 ni viendo al niño desnudo
 me imagino que está muerto.

Vive; con dulce sonrisa,
 entre sencillos pastores,
 ve á los que vuelven de misa
 trayéndole muchas flores.
 No pienso con desconsuelo
 en los seres ya perdidos...
 ¡mis muertecitos queridos
 están cantando en el cielo!
 ¡El alba tibia clarea,
 Venus en Oriente brilla!
 ¡Dejemos la zapatilla
 en la blanca chimenea!

PARIS, 14 DE JULIO

Cátulo Méndes.

I

En camisa,—el pie de Rosa
en el pantufllo escondido,—
entorna el balcón curiosa,
fatigada y calurosa
por lo mucho que ha dormido.

¿Lloverá? En la chimenea
la facunda tropa alada
no bulle ni travesea;
todo en el plomo pardea
de la mañana nubla.

Y viendo las nublazones
en masa compacta y recia,
Rosa piensa en los balcones
adornados con listones
y faroles de Venecia.

¿Lloverá? ¡Festones, galas,
la lluvia á mojaros val
Y quedaréis en las salas
como el ave que sus alas,
herida, arrastrando va.

Globos rojos, vivas flores,
por el chubasco bañados,
vais á quedar sin fulgores
cual ojos de mil colores
de lágrimas empapados.

Y el idílico sombrero
 con que en la gran fiesta pública
 quisiste honrar con esmero,
 á tu querido primero,
 y después á la República;

Será en tu rubia cabeza
 tan gallarda y olorosa,
 flor de mágica belleza
 moribunda de tristeza,
 como tu espíritu, Rosa.

Con tus lágrimas sencillas
 la pupila azul empañas;
 pero llega de puntillas
 tu novio, ve tus mejillas
 y te besa las pestañas,

Después, el índice alzando
 en que tu alianza se ve,
 te va alegre señalando
 los rayos del sol flotando
 en el espacio *ouaté*.

Ya el sol sus dardos arroja
 sobre los techos de enfrente,
 cesa tu infantil congoja
 y la inmensa gloria roja
 de la luz, rompe el Oriente.

II

Entretanto el novio besa
 con beso franco y sonoro
 tu garganta de princesa,
 tus rojos labios de fresa
 y tus cabellos de oro,

Ya en el gracioso sombrero
 con que en la gran fiesta pública
 quisiste honrar con esmero,
 á tu querido, primero,
 y después á la República.

Puedes alegre y ufana
 pensar, Rosa, sin temor,
 sonriendo á la mañana
 con la dicha soberana
 de la luz y del amor.

II

¡A los campos, á Versalles!
 convidan allí á beber,
 formando compactas calles,
 los fonduchos y tendalles
 de otra nueva Brinviliers.

¡A las playas temblorosas
 que azotan los vientos rudos,
 y adonde acuden curiosas
 hasta las más pudorosas
 para ver hombres desnudos!

A los casinos alpestres
 en que se toma coñac,
 mientras músicas pedestres
 en plataformas agrestes
 tocan polkas de Offembach!

Pollos, gomosos, cocotas,
 Arlequín, Pierrot, Don Juan,
 Sportmen, falsas mascotas,
 prostitutas y devotas
 olientes á Ylang-Ylang;

Id en trenes ó carruajes
 á donde os plazca reir,
 luciendo cuerpos y trajes,
 que ni envidia vuestros viajes
 ni á Versalles he de ir.

Yo entre el pueblo tumultuoso
 que habla y canta sin reposo
 iré sólo con mi amor,
 viendo ondular orgulloso
 el pabellón tricolor.

Ver la turba me recrea
 cuando bulliciosa ríe,
 brinca, blasfema, codea
 y como Océano olea,
 y como París, sonríe!

No más cátedra. ¡Arrogantes,
 oh, banderas, flamead!
 Lucid, faroles; triunfantes,
 celebremos delirantes
 la sublime libertad.

Mi balcón como ascua de oro,
 incendio en que arden mil flores,
 guarda todo mi tesoro,
 y pongo en verso sonoro,
 oh, bandera, tus colores!

Rosa, entre la turba espesa
 acudiendo á mi reclamo,
 conmigo marcha traviesa,
 y canta la Marsellesa
 mientras le digo: "te amo".

¿Dónde hay mayor hermosura?
 En su voluble canción
 el patriotismo fulgura,
 pues de la diosa Locura
 se hace la diosa Razón.

Dan al aire sus sonidos
 los instrumentos de cobre;
 ven y valsemos unidos,
 en la calle confundidos
 con el soldado y el pobre.

Quiero cumplir tus antojos
 y que en mis brazos ondules,
 y ver, griseta, en tus ojos
 los cohetes, astros rojos,
 y las estrellas azules.

En nuestra alcoba después,
 cuando el cansancio nos rinda,
 del peinador á través
 veré, postrado á tus pies,
 tu forma púdica y linda.

Cuando tu mano me apriete
 y amorosa me sujete,
 verás cómo, con malicia,
 celebra el postrer cohete
 nuestra primera caricia.

A ALTAMIRANO

Sus versos.

Los *Naranjos* están tristes
y las *Amapolas* secas;
en el aire no retozan
bulliciosas las *Abejas*.

En el monte no hay lumbradas
de festiva *Noche-Buena*,
y mirando al horizonte
pensativa está *Clemencia*.
¿Por que todo está tan triste?
¿Quién nos deja?

Atoyac de zarcas ondas,
que entre guijas serpenteas,
¿por qué pasas, por qué huyes
y te quejas?

LOS NARANJOS

Bajo nuestras verdes hojas
cuyo perfume embelesa,
se buscan las bocas rojas
y muy quedito se besa.

Es cual virgen nuestra flor
que ansiosa á su novio aguarda,
y como su novio tarda,
está pálida de amor.

Pero hoy su palidez
no es la que colora un beso...
se va su amado... y por eso
es palidez de viudez.

Como del cisne la pluma
son los blancos azahares,
y hoy quisieran ser espuma,
ser espuma de los mares.

Ya cuando el aire los mueve
no figuran nupcial velo,
y parece que del cielo,
cae la nieve.

LAS ABEJAS

¿En qué rosas posaremos
nuestros áureos breves pies,
en qué versos libaremos
nuestra miel?

La colmena queda rota
puesto que huyes y te vas.
¡Oh, quién fuera la gaviota,
la gaviota de la mar!

EL ATOYAC

¡Tronco, apartal! ¡Quita, rocal!
¡Junco, cejal! ¡Sauce, atrás!
Con tus brazos no me anudes,
liana pérfida y letal.
¡A galope, mis corceles!
¡Mis hipógrifos, volad!
Vuestra blanca grupa azote
sin descanso el huracán,
y de espuma, jadeantes,
las orillas salpicad;
que se oculten mis nereidas
en sus urnas de cristal,
y con súplicas no atajen
al colérico sultán;
que mi séquito de monstruos
no interrumpa el galopar,
y á las barcas pescadoras
atropelle sin piedad...
Corro en pos de mi poeta,
¡Voy al mar!

*
* *

Y envolviéndose de espumas
 en su túnica imperial,
 al Océano arrojóse
 el Atoyac.

LAS OCEÁNIDAS

Se acerca, ya viene.
 De prisa, que llega.
 Que adornen corales
 las húmedas trenzas.

Ya viene el amado,
 ya viene el poeta;
 aquí todo es suyo,
 aquí siempre reina,
 que á él le debemos
 inmensa riqueza.

Decidle, cantando,
 ¡oh, hermosas sirenas!
 que aquí de sus versos
 la mar está llena:
 son versos en libro,
 y en conchas son perlas.

LOS LAURELES

Dijo un laurel solterón,
 por solterón egoísta:
 puesto que se va el artista,
 ya se va nuestro ladrón.

Y un laurel que se respeta
 contestó: ¿A qué nos quedamos?
 ¿Ya se va nuestro poeta?
 ¡Pues nos vamos!

ANTE EL MAR

¡Que espere el barco! La mañana fría,
con su túnica blanca y la corona
de húmedas rosas, á la mar descendé...

¡Que espere el barco! Siga la mañana
muy quedo y muy despacio su camino;
una joven, la musa americana,
llorando se despide en la ventana
del poeta divino.

Le dice: "¡No te vayas todavía!"
como á su amante la gentil Julieta,
y entre besos respóndele el poeta:
"Me voy y vas conmigo: ¡tú eres mía!"

ELEGIAS Y GALANTEOS

SALMO DE VIDA

Ya volvéis, mis amantes golondrinas
ya regresáis de vuestro largo viaje,
y en el atrio del templo, peregrinas,
se estremece de júbilo el follaje.
De la rama que lenta balancea
vuestros cuerpos ligeros,
saltáis hasta el pretil de la azotea
ó los pardos aleros.
Y los santos de piedra, que en los nichos
de la vecina iglesia se levantan,
parecen someterse á los caprichos
de las cosas que cantan.
Vuestro revuelto batallón parlero,
juega del santuario en la cornisa,

y, despertando al viejo campanero,
le dice:

—¡Perezoso, llama á misal!

Ya vuelves, Primavera,
Ya vuelves con tu séquito de amores,
y se oculta en los fresnos vocinglera
la turba de los pájaros cantores.
Ya vuelves, coquetuela fugitiva,
y, al rumor de tus gráciles pisadas,
huyen las penas, el amor se aviva,
y se buscan los silfos y las hadas.

¿Por qué no vuelve en tu cortejo hermoso
entre flores y luz mi poesía?
¿Fuí su amante? Tal vez... Tal vez su esposo...
¡Pero me dice el alma que fué mía!

Recuerdo que en campestres excursiones,
para expresar mis ansias más secretas,

me prestaban sus versos los gorriones
y algunos consonantes las violetas.
El hábil mirlo y el pichón sedeno,
la matinal alondra y la paloma,
mientras vagaba triste en algún sueño,
me daban versos murmurando:

—Toma.

Hoy esas buenas hadas no me quieren,
y mis enfermas, pálidas estrofas,
abren los ojos, lloran ¡y se mueren!

Haz que vuelvan, amante Primavera,
las que versos y cantos me enseñaron.
Dormida entre mis brazos las espera
la musa que dejaron.
Dame flores, perfumes y armonías...
pero no flores tuyas, sino mías.
Pon en mi mano el fresco ramillete
que llevaba Siebel á Margarita...
Ya asoma, sonriendo, á su ventana,
la pálida enfermita.

¡Oh, qué invierno tan triste! ¡Cuán oscuras
 sus noches y cuán largas! De la muerte
 muy quedo nos hablaban;
 la nieve, del sudario; y las estrellas
 como con muchas lágrimas brillaban.
 Mudo el piano, y ávidas las flores
 de fecundante riego;
 en silencio los anchos corredores,
 tristes las almas y el hogar sin fuego.
 A la luz de muriente lamparilla
 anunciaba, vibrando, la mañana,
 el toque de la taza de tisana
 herida por la breve cucharilla...
 Tímida la esperanza; siempre ausente
 la risa amable de los labios rojos;
 pensamientos muy torvos en la frente
 y el sueño siempre lejos de los ojos.
 Temblor de corazones palpitantes
 cuando el doctor venía;
 miedo de preguntar, en los semblantes,
 si pensativo el médico salía...
 ¡Y cómo adivinaba el pensamiento,
 en la atmósfera muda de la alcoba,
 el vuelo cauto y el glacial aliento
 de la que vidas y cariños roba!

Los amorosos padres, sin hablarse,
 con sólo una mirada se entendían,
 y sus tristes miradas, al cruzarse,
 —¡No puede ser! ¡No puede ser! decían.

Pero volviste al cabo, Primavera,
 y ya la enferma en su balcón te espera.
 ¿Qué, no tienes más flores? ¡Dale todas!
 Hoy con la vida celebró sus bodas.

Dispón, como te plazca, alegre fiesta;
 escribiremos el MENÚ en las rosas;
 todas las aves formarán la orquesta
 y el BUFFET servirán las mariposas.
 Ordena que de luz se vista el cielo
 y manda que despierten muy temprano
 á tu tenor de gracia, el arroyuelo,
 y á tu bajo profundo, el Océano.
 Dí á tus siervos los raudos colibríes
 que traigan flores de perfume llenas,
 haz platos con hojitas de alhelies

y copas con las blancas azucenas.

La sombra queda atrás: no está invitada;
 envidiosa en la puerta se detiene:
 vendrá la noche, de astros coronada,
 pero aquélla... la otra... la enlutada...
 ¡Esa, no puede entrar! ¡Esa no viene!

Sólo yo, Primavera azul y hermosa,
 para el festín no tengo ni una rosa.
 Volviste; los botones se entreabrieron,
 ¡pero mis pobres versos no volvieron!
 Ve, pues, en mi lugar, tú que si cantas,
 tú, que trajiste la salud, la vida,
 tú, Primavera, la de aladas plantas,
 la que despiertas á la luz dormida.
 En las sonoras alas de tu brisa,
 llévale alegre tus fragantes dones,
 y así como entreabres los botones,
 entreabre sus labios con sonrisas.
 Tú, que las iras del invierno calmas,
 nuestra inquietud, nuestro temor serena...
 ¡Qué gozol ¡Ya está sanal ¡Ya está buenal
 ¡Ya estás, oh Primavera, en nuestras almas!

LA SOÑADORA DE DULCE MIRAR

Princesita de Cuentos de Hadas,
 la gentil, la fragante, la esbelta,
 ¿en qué astro se abrieron tus ojos?
 ¿De cuál concha brotó la belleza
 de tu cuerpo ondulante y gallardo,
 como línea de ánfora griega?
 ¿De las ondas saliste cautiva,
 como búcaro fresco de perlas,
 ó saltaste, temblando de frío,
 de la copa de blanca azucena?
 ¿En qué lirio labraron los genios
 ese cuerpo de hada, Princesa?

Cuando pasas, el aire se entibia
y de aroma suave se impregna,
se estremece de amor el follaje,
palidece la nivea gardenia...
Los botones de rosa, encendidos,
en voz baja murmuran: ¡es ella!

¿A qué príncipe estás prometida?
¿Qué castillo en el bosque te espera?
¿Es acaso el de torres de oro,
ó el ebúrneo del rey de Bohemia?
¿El que tiene diamantes por gradas
en el ancha, triunfal escalera,
ó el palacio de gotas de iris
que en sus alas los cisnes elevan?
¿Lohengrin, en un rayo de luna
baja á verte, cautiva Princesa?

Soñadora de dulce mirada,
de mirada profunda que sueña

y que baja del alma á lo hondo
y en lo hondo del alma se queda.
Las venturas, cual blancas palomas,
revolando sumisas, te cercan,
y tu mórbido cuello acarician
y en tus hombros de nieve aletean.
... Soñadora de dulce mirada
y de cuerpo gentil de Princesa.

EN LA MUERTE

DE

MANUEL ALVAREZ DEL CASTILLO

El borgoña en su copa aún le espera;
vibrando están las cuerdas del piano...
Vinieron á llamarlo y está fuera,
mas pronto ha de volver. Es muy temprano.

Fragantes y purpúreas todavía
están las rosas que dejó olvidadas,
y resuena en la obscura galería
el eco de sus últimas pisadas.

Es acaso una cita misteriosa...
Su repentina ausencia no extrañamos;
mientras él habla á solas con la hermosa,
sus amigos cantando lo esperamos.

¡Ay! La enlutada que con negros ojos,
¡oh, amigo inolvidable!, vino á verte,
no era la joven de los labios rojos,
era una hermosa pálida: la Muerte.

Trémulo el labio, palpitante el seno,
en el umbral con ansia te esperaba,
y como eras tan joven y tan bueno,
la taciturna pálida te amaba.

¡Y por fin eres suyo! ¡Tristes flores
ocultan ya tus éxtasis nupciales!
Hoy comienzan con ella tus amores...
¡Los únicos amores inmortales!

Con la voz suplicante del deseo,
la vida enamorada te decía,
como Julieta á su gentil Romeo:
—No te vayas... ¡No es tiempo todavía!

Y hoy, cuando locos de dolor tocamos
el verde musgo de la tumba alfombra,
sólo entre los myosotis escuchamos
cómo rumor de besos en la sombra.

¡Ni lamento, ni queja, ni reprochel
¡Ya duermes para siempre, amigo míol
Era una tarde azul; vino la noche...
¡Plantad un sauce junto al lecho friol

La puerta del salón no está cerrada;
abierta la dejastes, ¡oh viajero!
Ha de volver la pálida enlutada...
¿Quién de nosotros marchará primero?

PRIMERA PÁGINA

En el álbum de una dama.

—¡Señora: ya está abierta la arábiga ventanal
Abrirla me ordenaste y presto obedecí.
Ahora, ya que inunde la luz de la mañana
tu camarín de raso, tu alcoba de sultana...
El paje se retira: tus órdenes cumplí.

No impiden ya las altas vidrieras de colores
que á tu retrete lleguen el alma de las flores,
el canto de las aves, los ecos del laúd;
de tu soberbio alcázar la puerta ya está franca
al viejo peregrino, á la novicia blanca,
al trovador errante que de su lira arranca
mil himnos armoniosos de eterna juventud.

Seré, si tú lo quieres, su heraldo vocinglero,
y te diré los nombres de cada caballero
que el puente levadizo pretenda atravesar;
con mi clarín de plata te anunciaré si llega
el príncipe de Atenas en su carroza griega,
ó el arrogante y rudo Rodrigo de Vivar.

Que lleguen á admirarte tus huéspedes, señora:
el mago de Circasia, la reina de Bassora,
el opulento obispo y el pálido prior;
yo sólo abrí las puertas y preparé la entrada;
por el rastrillo al noble, por la ventana, al Hada;
y por la azul escala, de seda recamada,
al verso que te busca, cual joven trovador.

Alcázar es tu álbum: sus altos torreones
habitan golondrinas y rondan los halcones...
¡El agorero buho jamás reposa allí!
De gasa plateada revístelos la luna
y cuando el sol despierta, dorando la laguna,
les prende de los hombros un manto carmesi.

En los marmóreos patios rebullen los vasallos,
y piafan orgullosos los árabes caballos,
y brillan los estoques y duerme el arcabuz;
por ver á las meninas esfuérganse los pajes,
y agítanse las plumas y tiemblan los encajes,
y en los bordados áureos de los lucientes trajes
se truecan en diamantes los átomos de luz.

Asoma á tu ventana: contempla los jardines,
los bosques de naranjos, los húmedos jazmines
en cuyas hojas calma su sed el ruiñeñor.
El chorro de la fuente cayó desalentado,
llorando y ya sin fuerzas, cual pobre enamorado
que en vano subir quiso adonde está su amor.

¡Verás cómo se alegran en sus pequeños nidos
los pájaros canoros que estaban entumidos,
y piensan, si los miras, que empieza á amanecer;
verás cómo te busca la inquieta mariposa
y oirás cómo, volando, te dice que eres rosa
y aunque la riñas mucho, por terca y caprichosa,
verás cómo tampoco la puedes convencer!

¡Cantad en estas hojas, oh pájaros poetas!
 ¡Venid aquí á esconderos, oh tímidas violetas!
 ¡Oh príncipes y bardos, en el castillo entrad!
 ¡Abierta quedó, alondras, la arábica ventana!
 ¡Viajeras golondrinas, ya apunta la mañana!
 Venid y en estas torres esbeltas anidad.

.....

El paje se retira: no suenan en la alfombra
 sus pasos, y se mira su vacilante sombra
 cruzar los gobelinos del gótico salón:
 después se aleja y huye por el jardín callado...
 ¡Oh ruiseñor que cantas en el gentil granado,
 ya brillan los luceros: preludia tu canción!

BLANCO.—PÁLIDO.—NEGRO

Á Juan de Dios Peza.

De la cartera de un buen amigo,
 que por ser bueno del mundo huyó,
 tomo estos versos... ¡Vayan contigo!
 Por ser tan tristes los quiero yo!

I

Entré en la alcoba con planta incierta,
 ella espiaba junto al sofá,
 pálida y blanca como una muerta...
 ¡No!... ¡Como un ángel que al cielo val
 Yo sentí dicha, miedo, ternura...

¡Por fin ya solos, solos los dos!
 ¡Por fin ya dueño de su hermosural
 ¡Por fin ya suyo! ¡Qué bueno es Dios!
 Dí algunos pasos y vacilante
 hablarla quise... ¡No pude hablar!
 Y quedé inmóvil, de ella delante,
 como las aves en el instante
 de abrir las alas para volar.
 Después... su talle preso en mis brazos,
 queriendo estarlo, queriendo huir...
 Los azahares hechos pedazos,
 y entre mis labios los blancos lazos
 con que sus hombros quiso ceñir.
 Para esconderla, para ocultarla,
 su cabecita juntaba á mí;
 ví su garganta, logré besarla,
 y no sé entonces lo que sentí!
 Tiembla su cuerpo... ya muy juntito
 sus rojos labios por fin besé...
 Lanzó ella entonces un débil grito...
 Ay, de ese grito, grito bendito,
 toda mi vida me acordaré!

II

Otro más débil, avaro escondo
 en el secreto del corazón,
 que se oye apenas, y de muy hondo
 sube como alma de una canción.
 ¡La misma casa! ¡Todo estoy viendo!
 También temblando cuando lo oí,
 entré en la alcoba, pero corriendo,
 y hacia su lecho me dirigí.
 ¡Por fin el ángel tan deseado
 sus blancas alas quiso plegar!
 ¡Por fin el ángel había bajado!
 ¡Qué inmensa dicha para mi hogar!
 Ella, amorosa me sonreía...
 ¡La pobrecita mucho sufrió!
 ¿Qué, en ese instante, no le daría?
 ¡El alma entera, la vida mía,
 cuanto en el mundo conquiste yo!
 ¡Con qué alborozo nos contemplamos!
 ¡Todo ha pasado!... ¡Padres al fin!
 ¡Nada dijimos, y nos besamos

en los ojitos del querubín!
 ¡Qué delicioso para el oído,
 qué de ternezas inspirador
 fué ese sollozo, fué ese vagido,
 á que respondes, hijo querido
 con un inmenso grito de amor!

III

■ ¡Ayl de otro grito conservo el eco
 siempre vibrante dentro de mí,
 como en el fondo de un nicho hueco...
 ¡Nadie pregunte cuándo lo oí!
 Sentir que el alma se nos arranca,
 sentir la vida que se nos va,
 y al verla inmóvil, blanca, muy blanca,
 sin esperanza gritar: ¡Mamá!
 Y de rodillas caer al suelo
 diciendo en vano frases de amor,
 caer á plomo, caer del cielo
 á lo profundo de un gran dolor.
 ¡Ah! No es un grito, no es una queja,
 es toda una alma que ya se va,

es nuestra madre que ya nos deja
 y nunca, nunca regresará!
 Adiós me dijo quedo, quedito;
 besé sus ojos, allí grité:
 ¡Qué sufrimiento tan infinito!
 ¡Con ese grito, con ese grito,
 toda mi vida sollozaré!..

NADA ES MIO

¿Me preguntas ¡oh, Rosa! cómo escribo,
de qué manera, con menudas hojas,
cintas de seda y pétalos de flores,
voy construyendo estancia por estancia?
¡Yo mismo no lo sé! Como la tuya
es, Rosa de los cielos, mi ignorancia!

Yo no escribo mis versos, no los creo;
viven dentro de mí; vienen de fuera:
á éste, travieso, lo formó el deseo;
á aquél, lleno de luz, la Primavera!
Á veces en mis cantos colabora
una rubia magnífica: ¡la auroral!

Hago un verso y lo plagio sin sentirlo
de algún poeta inédito, del mirlo,
del parlanchín gorrión ó de la abeja
que, silbando á las bellas mariposas,
se embriaga en la taberna de las rosas.
Los versos que más amo, los que expresan
mis ansias y mis íntimos cariños,
esos versos que lloran y que besan,
¿sabes tú lo que son? Risa de niños.

Otras veces me ayudan las estrellas,
y sus rayos de luz trazan en mi alma
líneas celestes y figuras de oro.
Aquel soneto á Dios es del Boyero;
de Sirio deslumbrante, esa quarteta,
y ese canto á la rubia que yo quiero
fué escrito por la cauda del cometa.

Yo escucho nada más, y dejo abiertas
de mi curioso espíritu las puertas.
Los versos entran sin pedir permiso;
mi espíritu es su casa: Dios los manda

con cédula formal del Paraíso
 para que aloje á la traviesa banda.
 Algunos á mis castas ilusiones
 escandalizan con su alegre charla:
 esos son los soldados, los dragones,
 los que traen, en su clámide sombría,
 "húmeda noche tras caliente día".
 Otros de aquellos huéspedes pequeños
 se detienen muy poco; los risueños,
 cantan; mis penas con su voz consuelan,
 ¡sacuden las alitas y se vuelan!

Lo tristes... ¡Esos sí que son constantes!
 Alguno, como lúgubre corneja,
 posada en la cornisa de la torre,
 mientras la noche silenciosa corre,
 hace ya mucho tiempo que se queja!

No soy poeta; ¡ya lo ves! En vano
 halagas con tal título mi oído,
 que no es zenzontle ó ruiseñor el nido,
 ¡ni tenor ó barítono el piano!

LÁPIDA

Mucho silencio bajo los pinos;
 la luz apenas se atreve á entrar
 en esa calle de verdes tuyas,
 donde se enreda la obscuridad.

¡Cuántos amigos en los sepulcros
 de blanco mármol ó piedra gris!
 ¡Cuántas alfombras de "no me olvides"
 miro olvidadas en el jardín!

Abajo, siembras, techos y torres,
el panorama de la ciudad;
el terso lago que duerme inmóvil,
¡la caravana que lenta va!

Y en este cerro desnudo y triste,
el alta reja, la férrea cruz,
y un jardinero que, indiferente,
mira el cortejo del ataúd.

Ya hemos llegado; ya abren la fosa;
suenan los golpes del azadón,
y el sacerdote, breviario en mano,
reza las preces á media voz.

Los circunstantes, formando grupos,
muy pensativos la fosa ven,
y cada uno se dice triste:
¿cuándo en su seno reposaré?

Otros recorren las avenidas,
los epitafios leyendo van;
hablan de aquélla que ya no existe,
de la que llevan á sepultar.

¡Cuántos semblantes que nada dicen!
¡Cuántos dolientes de mal humor,
porque se alargan las ceremonias,
corren las horas y quema el sol!

Unos se burlan de los sepulcros;
otro contempla con ansiedad,
la tierra obscura, la blanca tumba
¡donde sus padres durmiendo están!

Sobre la arena recién regada,
descansa inmóvil el ataúd...

.....
y en esa caja negra y angosta,
¡ya para siempre reposas tú!

PARA UNA HERMOSA

¿En qué verso, en qué mágica leyenda
de poeta gentil, hube entrevisto
de tu hermosura el resplandor? ¿Fué acaso
en un lienzo de Rubens? ¿En Virgilio?
¿De Bion de Smirna en el fragante idilio,
ó en las estrofas del gallardo Tasso?

¿Eres la fresca y joven campesina
que Anacreón cantó? ¿La virgen noble
que al cruzado esperaba en el castillo?
¿De mirtos y de rosas la corona

ciñe graciosa tus ebúrneas sienes?
¿Ó, fugitiva, del Olimpo vienes,
y te llamas ¡oh prófuga! Pomona?
¿De qué rosas les ángeles formaron
tu epidermis suave? Dí: ¿las brisas
nacen entre tus labios, y allí apuran
la frescura que tienen tus sonrisas?
¿Eres la hermosa y joven hechicera
que abre las puertas del jardín de Armida,
ó viniste entre flores á la vida
á la vez que nació la Primavera?

Sólo sé que tu encanto
almas subyuga; que, por ti hechizada,
vive la luz en tu pupila hebrea,
y que, ufana, riendo, coquetea
en tu limpia mirada.
Sólo sé que al mirarte recordamos
las altivas y jóvenes guerreras
de fuertes brazos y arrogante cuello,
que cruzaban las árabes colinas,
y que en tu negro, undívago cabello,
aún proyectan su sombra las sabinas.

Sólo sé que formaron los amores
tus pupilas, con noches tropicales;
tus labios coquetones, con corales;
y tu cuerpo, con flores!

PARA ENTONCES

Quiero morir cuando decline el día,
en alta mar y con la cara al cielo;
donde parezca sueño la agonía,
y el alma, un ave que remonta el vuelo.

No escuchar en los últimos instantes,
ya con el cielo y con el mar á solas,
más voces ni plegarias sollozantes
que el majestuoso tumbo de las olas,

Morir cuando la luz triste retira
sus áureas redes de la onda verde,
y ser como ese sol que lento expira:
algo muy luminoso que se pierde.

Morir, y joven: antes que destruya
el tiempo aleve la gentil corona;
cuando la vida dice aún: soy tuya,
aunque sepamos bien que nos traicional

Á CECILIA

Busco en mi alma lo más obscuro,
lo más secreto que exista en mí,
la estrofa virgen, el verso puro...
¡Y nada encuentro digno de tí!

Llamo á mis versos y ya se han ido.
¿Por qué, insensato, los prodigué?
¿Por qué en mi alma, como en un nido,
para este libro no los guardé?

¡Volved, oh versos de castos días!
 ¡Volved, alondras de la ilusión,
 y de perfumes y de armonías
 llenad de nuevo mi corazón!

Suave repique de la campana,
 toque del alba, místico acento,
 que la novicia por la mañana
 oye en la celda de su convento...
 ¡Suave repique de la campana,
 llena de nuevo mi pensamiento!

Fresco perfume de aquellas huertas
 acurrucadas en la alquería,
 que de las rosas recién abiertas
 brotas apenas despunta el día...
 ¡Fresco perfume de aquellas huertas,
 llena de aromas el alma mial

Plumas de cisne, pieles de armiño,
 copos de nieve, cutis de niño,

alas intactas de tortolitas,
 pétalos blancos de margaritas,
 dadme un momento vuestra blancura
 y mis estrofas de vida llenas,
 serán por castas, nobles y buenas,
 dignas, Cecilia, de tu hermosura.

Mi compañera, musa divina,
 la del vestido de muselina,
 ¿por qué no vienes? ¿En dónde estás?
 Ven un instante, baja ligera,
 lleva mis flores á donde espera,
 y luego, musa, mi compañera,
 ya para siempre me dejarás.

¡Ven tú, la blanca, tú, la inocente,
 la que levantas limpia tu frente,
 la que á mis padres canta en mi hogar,
 la que á la virgen púdica reza,
 y en la guirnalda de su cabeza
 trae botones del azahar!

Tengo otra musa, la profanada,
la que insensata, desesperada,
en los festines su canto alzó;
pero esa musa, de suelto traje,
llevar no puede ningún mensaje
para la amiga que tengo yo.

Toma mis flores: llega á su puerta,
pasa muy quedo los corredores;
si está dormida, mientras despierta
sobre su mesa deja mis flores.
Déjalas y huye; pasa de prisa,
como las ondas, como las nubes...
Sus labios abre dulce sonrisa...
¡Es que está hablando con los querubes!
No te detengas á contemplarla:
te diera envidia su gentileza;
pasa de prisa sin despertarla
y vuelve á casa con mi tristeza;
rápida corre con pie ligero;
lleva mis flores: aquí te espero,

¡Que no las toque, que no las mire;
basta á mi anhelo que las respire!
¡Que abandonadas en esa estancia,
mientras dichosa yace dormida,
llenen la alcoba con su fragancia!
¿No es la fragancia toda su vida?
¡Nada la digas! ¡Deja mis flores!
¡No las anhelan ni las esperan!...
¡Pasa de prisa los corredores,
y deja, musa, que allí se mueran!

si ha de ver á los niños enlutados
muy tristes regresar por el camino,
con los ojos diciéndose callados:
—¡Volvieron á engañarnos... y no vino!

PARA LA CORONA FÚNEBRE

DE LA

SRA. JUANA DIEZ GUTIÉRREZ
DE DIEZ GUTIÉRREZ

Venid, cantores, y de rosas frescas
cubrid el ara sepulcral: suspire
la brisa tremulante su elegía;
huya la luz... y silencioso expire,
¡sin esperanza, sin consuelo el día!

Si la muriente claridad suave
ha de encontrar, al toque de oraciones,
el amoroso nido sin el ave,
y en el rosal los huérfanos botones;

Si la hora de amor y de reposo,
cuando se busca en el hogar la calma,
no ha de traer para el amante esposo
más que la inmensa soledad del alma;
¡huya que nadie su llegada espera,
y todo en sombras y silencio muera!

¡Salid, salid, estrellas pensativas!
Nunca de vuestros rayos se recata
quien llora por las dichas fugitivas
que rápida la muerte le arrebató!
¡Salid, salid! Á vuestra luz silente
más diáfana se torna la blancura,
y de la estatua funeral, viviente
parécenos la pálida hermosura.

Hora de los encuentros milagrosos,
de las citas con seres ya perdidos,
si te olvidan, gozando, los dichosos,
te buscan con afán los afligidos.
Llega, tú, la que guardas el secreto
de la perenne, inextinguible vida;
¡llega y despierta con tu beso casto
á la hermosa dormida!

EN EL CAMPO

Me dijo la gardenia:—¡Soy muy blanca!
Y yo le contesté:—¡No como ella!
—¡Es celeste mi luz! murmura Sirio.
Y—¡la suya es mejor!—digo á la estrella.

La alondra enamorada, en el encino,
y el ruiseñor, oculto entre las flores,
cantan alegres; los escucho y pienso:
—¡Qué mal cantan los pobres ruiseñores!
No hay pájaro que iguale las cadencias
de la voz de mi amada: no hay lucero

que brille cual sus húmedas pupilas
cuando me dice con amor:—¡te quiero!—

Llévate todo, ¡oh Dios! luz y perfumes,
el ruiseñor, las flores y la estrella,
todo lo hermoso que á la tierra diste...
¡Pero déjame á ella!

CARTA ABIERTA

Tiene el amor su código, señora,
y en él mi crimen pago con la vida;
¡así es mi corazón!; ama una hora,
es amado después, y luego... olvida.

En este tren expreso en que viajamos
aman siempre al vapor los corazones,
que así como el trayecto que cruzamos
tiene el alma también sus estaciones.

¿Quién detiene en su giro á la veleta?
 ¿Quién á sus plantas encadena al viento?
 ¿Dónde se halla el Alcides que sujeta
 al Icaro inmortal del pensamiento?

¡Amór!... Cada alborada que amanece
 de nuestros sueños en la bruma vaga,
 se derrama en los aires, crece, crece,
 y cuando vamos á mirar se apaga.

Soñamos con amar, y nos agita
 la volcánica lava del deseo:
 matamos nuestro amor, y resucita
 con las múltiples formas de Proteo.

Hoy es una mujer que nos adora;
 mañana una mujer que nos desdeña;
 y mientras más por el amor se llora,
 con más ahinco en el amor se sueña.

¡Así es el hombre! Tántalo que tiene
 la sed del ideal, la poesía:
 una mujer á su camino viene
 y exclama el corazón: ¡ésa es la mía!

Es suya esa mujer: los goces nacen,
 la ve, la palpa, sus mejillas besa...
 Las alas del querube se deshacen,
 y exclama el corazón: ¡no!, ¡no era ésa!

No dañan las escarchas del invierno,
 al árbol que sin hojas ha quedado;
 así el amor, para que viva eterno,
 tiene que ser por fuerza desgraciado.

Tú, sí, dolor, los sueños eternizas;
 tú, solo tú, de la creación monarca;
 ¡tú que formar supiste con cenizas
 la escultórica Laura del Petrarca!

¡Qué estéril es la dicha! Si su nido
al Tasso hubiera abierto tentadora,
¡cómo se hubiera al fin desvanecido
la pálida silueta de Leonora!

¡Amor es un alud, es una lira
que vibra en el espacio y enmudece:
amor es una Ofelia que suspira...
No la queráis tocar... ¡se desvanecel

Ya veis, señora, que si el crimen mío
fué el querellaros una vez de amores,
me ha sorprendido de la noche el frío
sin una estufa en que abrigar mis flores.

Como es muy triste el sol en el Ocaso,
el apurar la dicha me da miedo:
sois hermosa y feliz, me amáis acaso...
Os quisiera querer... pero no puedo.

Busco las dichas del hogar sencillas;
para eso guardo mi postrer cariño;
yo quiero que descanse en mis rodillas
la rubia cabecita de algún niño.

Dejad que busque luz para mi noche,
si la pasión con sus fulgores pierdo,
y no arrojéis la gota del reproche
en el sublime néctar del recuerdo.

Tal vez entonces por la boca inerme
que muda aspira la infinita calma,
oigas la voz de todo lo que duerme
con los ojos abiertos en mi alma.

Hondos recuerdos de fugaces días;
ternezas tristes que suspiran solas;
pálidas, enfermizas alegrías
sollozando al compás de las violas...

Todo lo que medroso oculta el hombre
se escapará vibrante del poeta,
en áureo ritmo de oración secreta
que invoque en cada cláusula tu nombre.

Y acaso adviertas que de modo extraño
suenan mis versos en tu oído atento,
y en el cristal, que con mi soplo empañó,
mires aparecer mi pensamiento.

NON OMNIS MORIAR

¡No moriré del todo, amiga mía!
De mi ondulante espíritu disperso,
algo en la urna diáfana del verso,
piadosa guardará la poesía.

¡No moriré del todo! Cuando herido
caiga á los golpes del dolor humano,
ligera tú, del campo entenebrido
levantarás al moribundo hermano.

Al ver entonces lo que yo soñaba,
dirás de mi errabunda poesía:
era triste, vulgar lo que cantaba...
mas, ¡qué canción tan bella la que oí!

Y porque alzo en tu recuerdo notas
del coro universal, vívido y almo;
y porque brillan lágrimas ignotas
en el amargo cáliz de mi salmo;

porque existe la Santa Poesía
y en ella irradas tú, mientras disperso
átomo de mi ser esconda el verso,
¡no moriré del todo, amiga mía!

VERSOS VARIOS

¡CASTIGADAS!...

Como turba de alegres chiquillas
que en tropel abandona la escuela,
y cantando, cual pájaros libres,
á su casa de tarde regresan,
tras el largo trabajo del día,
siempre vivas, garbosas y frescas,
regesábais á mi alma, ilusiones,
coronadas de mirto y verbena.
¡Qué de flores hermosas traíais!
¡Cuán henchida de frutas la cesta!
En los labios, ¡qué risas tan dulces!
En el alma, ¡qué nobles promesas!

Aún os miro, mis pobres hijitas,
 impacientes tocar á la puerta,
 y con ansia de hacerme cariños
 muy aprisa subir la escalera.
 —¿Qué me traes, botoncito de rosa?
 —Este ramo de azules violetas...
 —¿Qué me da la señora de casa?
 —Su boquita de grana que besa.
 —Ya venís de cazar mariposas;
 os aguarda caliente la cena,
 y mañana, cantando felices,
 volveréis muy temprano á la escuela.

*
 **

Hoy despacio venís y enlutadas,
 poco á poco subís la escalera,
 con los párpados tiernos muy rojos,
 huerfanitas, calladas y enfermas,
 Ilusiones, ¡qué mala es la vida!
 la esperanza del bien, ¡qué embusteral

y ¡cuán tristes, con cuánto cansancio
 volveréis de mañana á la escuela!

*
 **

Ni una flor en el búcaro roto...
 Los que vienen aquí se las llevan.
 ¡Como todo en la casa está triste,
 las palomas huyeron ligeras!...
 Ya no agitan sus alas de nieve,
 despertando á la luz mis ideas;
 no son aves de rico plumaje,
 no retozan, ni cantan, ni vuelan.
 ¿No lo veis? Por un claustro sombrío
 en la noche silente, atraviesan,
 con la toca y el hábito negros
 y en las manos la pálida vela.
 Van al coro sin verse ni hablarse;
 sola, obscura se mira la iglesia...
 ¡Cuán heladas las losas de mármol
 y cuán dura la fúnebre reja!
 ¡Oh, mis monjas! del mundo olvidadas

paso á paso volvéis á la celda,
y en el lecho, cruzados los brazos,
silenciosas quedáis como muertas.

*
**

¿Por qué en monjas de lúgubres tocas
se trocaron las niñas traviesas?
Ilusiones, ¿por qué os castigaron?
¡Pobrecitas... yo sé que sois buenas!
Sólo amor y ternura pedíais,
sólo os dieron engaño y tristeza;
Ilusiones... ¿por qué os castigaron?
¡Pobrecitas!... ¡yo sé que sois buenas!

EL HADA VERDE

(CANCIÓN DEL BOHEMIO)

¡En tus abismos, negros y rojos,
fiebre implacable, mi alma se pierde;
y en tus abismos miro los ojos
los verdes ojos del hada verdel

Es nuestra musa glauca y sombría,
la copa rompe, la lira quiebra,
y á nuestro cuello se enrosca impía
como culebra!

Llega y nos dice: —¡Soy el Olvido;
yo tus dolores aliviaré!
Y entre sus brazos, siempre dormido
yace Musset.

¡Oh, musa verde! Tú la que flotas
en nuestras venas enardecidas,
tú la que absorbes, tú la que agotas
almas y vidas!

En las pupilas concupiscencia;
juego en la mesa donde se pierde
con el dinero, vida y conciencia,
en nuestras copas, eres demencia...
¡oh, musa verde!

Son ojos verdes los que buscamos,
verde el tapete donde jugué,
verdes absintios los que apuramos,
y verde el sauce que colocamos
en tu sepulcro, pobre Musset!

CON JULIETA

¡Oh dulce ruiñeñor, sigue cantando!
¿No ves cuán triste la apacible luna
alumbra el bosque, y cómo, murmurando,
se duerme la laguna!
¡Dulce poeta de brillantes alas
que en el silencio de la noche velas;
y cantas para ti, cuando no te oyen,
y á los tristes consuelas;
sigue en la rama del gentil granado,
nadie en el nido trémulo te llama...
En el cielo, poeta enamorado,
te está oyendo la estrella que te ama!

Tú, como yo, debes tener tristezas:
 ¿por qué, á la hora del amor, el nido
 abandonas ligero?
 ¿Nadie te aguarda en él? ¿Nadie te quiere?
 Estás enfermo como yo, y herido
 del imposible amor de que se muere!

Tu tierna serenata
 la escucha sola, en el sereno espacio,
 la casta Diana del carcaj de plata
 que vuelve pensativa á su palacio...
 Desdeñas á las aves: para ellas
 nunca tienes canciones,
 y cantas cuando brillan las estrellas
 y parecen dormidos los botones.
 Escondes tu dolor y tu ternura
 á las luces del día,
 y en el silencio de la noche oscura
 se abriga, como enferma, tu armonía.

¿Quienes oyen tus cantos? Los que sufren,
 los que no buscan el desierto lecho

porque en él les aguarda la tristeza,
 ó los que cantan himnos de ternura
 oprimiéndose pecho contra pecho!

La pena y el amor te escuchan sólo:
 En el campo, las flores—esas mudas—;
 en el espacio, las estrellas blondas;
 y bajo el terso manto de las ondas,
 las silenciosas náyades desnudas.

Sigue cantando, ruiseñor. Si cesa
 tu serenata, que al amor evoca,
 la boca enamorada que me besa
 se apartará convulsa de mi boca.

¡Oh, mi Julieta, la Julieta mía,
 bien sabe mi dolor que viene el día!
 Hemos vivido un sueño muy hermoso,
 y yo no quiero despertar. Mañana,

tal vez la escala que tendí afanoso
no colgará ya más de tu ventana.

Pero hoy, es hoy aún, el alma sueña,
escucho al ruiseñor enamorado,
y en tu boca de grana, tan pequeña,
la canción de mi beso no ha cesado.

Tengo aún que decirte que te quiero...
No lo he dicho bastante
y necesito repetirlo ahora...
Y ya viene el dolor... viene la aurora.
¡Otro instantel ¡otro instantel

¡Oh, mi Julieta, la Julieta mía!
¿Por qué del grato sueño se despierta?
¿Por qué te he de mirar, pálida y fría,
sobre la tumba de mis sueños muerta?

Sigue cantando, ruiseñor querido!
Nadie te espera en el desierto nido!

Déjame en sus cabellos esconderme...
déjame ver su rostro idolatrado...
sigue en las ramas del gentil granado.
¡Oh, canta, ruiseñor! ¡Alondra, duerme!

MONÓLOGO DEL INCRÉDULO

Á Emilio Rabasa.

La existencia no pedida
que nos dan y conservamos,
¿es sentencia merecida?
decidme: ¿vale la vida
la pena de que vivamos?

Si es castigo, ¿cuál pecado,
sin saberlo cometimos?
Si premio, ¿por qué ganado?
Sin haberlo demandado,
responded: ¿por qué vivimos?

Viva en buena hora el dichoso:
si alegre en el mundo está,
cuide su vida afanoso;
pero el que sufre, el quejoso,
decid: ¿por qué no se va?

Dióme el acaso la vida,
y la muerte apercebida
desde que nací me espera;
de modo que, cuando quiera,
tengo franca la salida.

¿Por qué las penas afronto
y en duro trabajo estoy,
si puedo marcharme pronto?
Seré torpe, seré tonto,
pero víctima, no soy!

Por mi voluntad batallo
 con los tropiezos que hallo;
 quejárame de la suerte
 si no existiera la muerte,
 pero como existe, callo!

¿Tengo miedo?... ¿Miedo á qué?
 ¿Al Dios cruel que me dió
 lo que no solicité?
 Pues que sin quererlo entré,
 salgamos... y se acabó!

Si de un dios á la presencia
 llego, en saliendo de aquí,
 puedo decirle en conciencia:
 —no me gustó la existencia,
 ¡por eso la devolví!

Si es malo, aunque yo, obediente,
 soporte la vida acá,
 puesto que el dolor consiente,
 seguirá siendo inclemente...
 Y si es bueno... premiará.

El combate es desigual:
 venga la muerte, mejor,
 y sabremos al final
 si ese dios se llama el Mal
 ó si se llama el Amor.

¡Curioso es que soportemos
 el trabajo y la aflicción,
 y, necios, nos asustemos
 de seres, que no sabemos
 si existen, ni cómo son!

¿Es crimen para el forzado
evadirse cuando pueda?
Pues el hombre condenado
por no sabe cuál pecado,
puede fugarse y se queda!

Bien está, si así le place,
que la existencia no deje,
si en padecer se complace,
pero, por gusto lo hace,
y entonces... que no se queje.

No hay que culpar á la suerte
ni su maldad reprocharla;
el hombre de ánimo fuerte
no llama tanto á la muerte:
sale sin miedo á buscarla,

¿Por qué, no obstante, vacilo,
cuando me brinda reposo
ese hogar mudo y tranquilo?
¿Por qué de mi vida el hilo
no corto al fin?... ¿Soy dichoso?

A medida que se avanza
en la senda del vivir,
cual decrece la esperanza,
va creciendo en lontananza
la esperanza de morir.

Mas la vida cautelosa
nos ata con duros lazos,
y en vano la muerte hermosa
como una pálida esposa
nos tiende siempre los brazos,

Con fin perverso y con maña,
nos va enredando la vida
entre sus hilos de araña,
y, aunque la vida nos daña,
no encontramos la salida.

—Es verdad que no pedí
la existencia... la encontré;
pero luego que nací
á mis padres conocí,
y, por fuerza, los amé.

Si el hombre, al nacer, pensara,
de fijo que se matara;
para afianzar el tormento
dijo Dios al pensamiento
que ya muy tarde llegara.

Tarde... Cuando ya abrigamos
no esperanzas, sino amor,
cuando á los padres amamos...
de modo y forma que estamos
bien clavados al dolor.

Tengo derecho á morir,
mas no derecho á matar;
y comprendo que al partir,
si con la muerte he de ir
me irá mi madre á buscar.

Puedo matarme sereno,
pero mi madre adorada
creerá que entre llamas peno;
así es que no me condeno
y á ella dejo condenada.

¿Cómo encontrar la salida?
 ¿Matarla al matarme?... ¡No!
 Verdad que me dió la vida
 por mí tan aborrecida,
 mas ¡no supo que era yo!...

Y cuando el cuello la ciño
 y me oprime el corazón,
 parece que su cariño
 á mi alma amante de niño
 le está pidiendo perdón.

¡Oh, qué dolor tan arterol!
 Mas, por desgracia, bien sé
 que todo aquí es pasajero.
 Mi madre se irá primerol...
 ¡Y entonces... la seguiré!

Tengo aún que soportar
 ese infinito dolor...
 Pero luego... ¡a descansar!
 ¡Qué bueno sería marchar
 en los brazos de su amor!

En este infinito anhelo,
 en esta implacable guerra,
 los que nos atan al suelo
 no son los monstruos del cielo,
 son los seres de la tierra.

¡Qué vida tan fementidal
 ¡Cuánta es su astucia! El placer
 nos obliga á dar la vida,
 y á la vida aborrecida
 nos encadena el deber.

¡Y este placer es fatal
 es el instinto brutal,
 que al destino darnos plugo,
 para asegurar el mal
 que será siempre verdugo.

Yo, que mido el hondo abismo
 de la maldad y el dolor,
 con impiedad y cinismo
 quiero dar vidas... yo mismo
 siento la sed del amor.

De suerte que engendraré
 otro ser tan desgraciado,
 y por fuerza lo amaré,
 y en seguida sentiré
 dolor de haberlo engendrado!

¡Ah... Me voy, y así sacudo
 este peso que me agobia!
 ¿Por qué tiemblo? ¿Por qué dudo?
 ¡Ay, que sollozando y mudo
 pienso en mi novia... en mi novia!

¡Pobrecita! Casta y buena,
 pasaba en su quieto hogar
 la vida, siempre serena,
 y, por distraer mi pena,
 fui su alma á despertar.

Mis promesas de venturas
 están en su mente fijas,
 consuelan sus amarguras,
 y esas esperanzas puras
 son mis hijas ¡son mis hijas!

Dí á sus ensueños calor:
cuando mi existencia acabe
verá burlado su amor...
yo sé que todo es dolor,
pero ella no, ¡no lo sabel

¿Por qué de su amor me escondo?
¿no me ama? Tiembla mi fe,
y algo muy hondo, muy hondo,
de mi existencia en el fondo
me contesta: no lo sé.

Crédula acaso y prendada
de un verso noble y sonoro,
creyó estar enamorada,
y á un hombre que es humo, nada,
dijo temblando: te adoro.

¡Quién pudiera describir
el móvil de la pasión,
con otra vida vivir,
ser otra sangre y latir
dentro de otro corazón!

Ver el ensueño adorado
que ella en su pecho forjó,
mirarse en él retratado
y satisfecho y confiado
poder exclamar: soy yo.

Tal vez su amor es sincero,
tal vez con eterna fe
me da su vida... lo espero...
Pero ¿la quiero?... ¿la quiero?
Y más tarde, ¿la querré?

Amar y no ser amado
no es la pena mayor:
ver el cariño apagado,
no amar ya lo antes amado
es el supremo dolor.

Es como al sepulcro ir
del pequeñuelo querido,
y quererlo revivir,
y la tristeza sentir
de hallarlo siempre dormido.

Es el pensar: allí está.
Pero ya no, ¡ya no es!
Ya se fué donde se va
lo que nunca volverá,
lo que no tiene después.
.....

Amor, si has de ver desvío,
si no han de darte calor,
tendrás hambre, tendrás frío,
muérete pronto, amor mío,
muérete, niño, mi amor.

Si pálido has de mirar
tu puro y fresco semblante,
si sólo has de agonizar,
impotente para amar,
muere, matando al amante.

*
**

¡Oh vida, la selva obscura
por donde á tientas cruzamos
con dolor y con pavora,
si hay fieras en tu espesura
despiértalas y muramos!

En vano buscan salida
las almas desesperadas,
estás en mi alma, vida,
como el puñal en la herida.
¡Y yo con manos atadas!

Y tu poder es tan fuerte
y tal luchamos los dos,
que he llegado á aborrecerte:
ó ven más aprisa ¡oh, muertel
ó surge en mi sombra ¡oh, Dios!

EN ALTA NOCHE

¡Señor, Señor! Los mares de la idea
tienen también sus rudas tempestades:
mi espíritu en las sombras titubea
como Pedro en el mar de Tiberiades.

Hierven las aguas en que yo navego,
mi pobre esquite á perecer avanza...
Tú, que la luz le devolviste al ciego,
devuélvela á mi fe y á mi esperanza.

Surge, surge, Jesús, porque la vida
ágil se escapa de mis brazos flojos;
y el alma sin calor, desfallecida,
muy lentamente cierra ya los ojos.

Aparece en la inmensa noche oscura;
las conciencias te llaman... están solas,
y pasa con tu blanca vestidura
serenando el tumulto de las olas.

LA PRIMERA

DE COPPÉE

No era bella; mas tenía
veinte abriles, como yo;
y, lo recuerdo, aquel día
en primavera cayó.

No era muy adusta; pero
jamás fui tan atrevido
como al decirle rendido
y en voz muy baja: te quiero.

No era amante; mas al verme
con tanto cariño hablaba,
que, sin poder contenerme,
lloraba mucho, lloraba.

Mi vida, entonces tan grata,
para siempre entristeció:
¡No era ingrata, no era ingrata;
sin embargo... me dejó!

POR LA VENTANA

Prostituir el amor... llegar artero,
de noche, entre las sombras, recatado,
esquivando los pasos, y mañero,
la faz hundida, y el embozo alzado!

Tender la escala; con la vista alerta
trepar por la pared que se desgrana,
y á donde todos entran por la puerta,
entrar como ladrón, por la ventana.

Apagada la luz, hablando quedo,
temerosos, convulsos, vergonzantes,
sintiendo juntos el amor y el miedo
contar con avaricia los instantes.

Querer que calle hasta el reloj pausado
que cuelga en la pared, alto y sombrío;
ser joven, ser amante, ser amado,
y, estando juntos, tiritar de frío.

Sentir el hielo que en las venas cunde
cuando los nervios crispera el sobresalto;
y maldecir la luna, si difunde
su delatora luz desde lo alto.

Buscar lo más obscuro de la alcoba,
y ver con vago miedo las junturas
por donde entra la luz, como quien roba
cobarde, vil, con antifaz y á obscuras.

Y temblar de pavor, si ladra el perro,
y si las ondas de la fuente gimen;
de lo que es aire, sol, hacer encierro;
de lo que es un derecho, hacer un crimen.

Besar con miedo, sin rumor, aprisa,
ir siempre de puntillas por la alfombra,
y si el cristal hizo crujir la brisa,
temblar, pensando que una voz nos nombra.

Cuando canta la alondra, retirarse
atravesando la desierta sala,
y suspenso en el aire, deslizarse,
como vil bandolero, por la escala.

Haber envenenado una existencia,
convertido en dolores el contento;
y, huésped sepulcral de la conciencia,
albergar un tenaz remordimiento.

Ver encenderse su mejilla roja
temiendo acaso que el pavor la venza,
y al hablarla, mirar que se sonroja
y que baja los ojos de vergüenza.

Ese no es el amor, amor robado
que se viste de falso monedero;
ése no es el amor que yo he soñado,
y si ése es el amor, yo no lo quiero.

TO BE

(FRAGMENTO)

¡Inmenso abismo es el dolor humano!
¿Quién vió jamás su tenebroso fondo?
Aplicad el oído al abra obscura
de los pasados tiempos...

Dentro cae

lágrima eterna!

Á las inermes bocas
que en otra edad movió la vida nuestra
acercaos curiosos...

¡Un gemido
sale temblando de los blancos huesos!
La vida es el dolor. Y es vida obscura,
pero vida también la del sepulcro.

La materia disyecta se disuelve;
 el espíritu eterno, la substancia,
 no cesa de sufrir. En vano fuera
 esgrimir el acero del suicida,
 el suicidio es inútil! Cambia el modo,
 el ser indestructible continúa!

¡En ti somos, Dolor, en ti vivimos!
 La suprema ambición de cuanto existe
 es perderse en la nada, aniquilarse,
 dormir sin sueños!...

¡Y la vida sigue!...

DE MIS "VERSOS VIEJOS"

Richter-Salvator Rosa.

Nada receles; con ligero vuelo
 alegres ninfas á esta roca llegan,
 no sin vencer la voluntad de nuestro
 padre Océano.

Luego vencimos virginal vergüenza
 y por el éter en alado carro,
 los pies descalzos, acudimos todas
 á consolarte.

ESQUILO.

I

¡Recuerdas de Richter, de Richter sombrío,
 el verso tan triste, tan triste, tan frío
 en que habla del mártir clavado en la cruz?
 Blancura sin sangre, blancura nevada,

de estatua yacente, blancura callada,
entrebre en el verso sus ojos sin luz.

Nos pinta el poeta la cripta, las fosas,
los niños reviven, levantan las losas,
y á Dios suplicante, le dicen:—Ya ¡ven!
Y Dios, sollozando, responde:—¡Mis muertos!
¡Me tienen clavados los brazos abiertos;
no puedo abrazaros... he muerto también!

Jesús—le preguntan—¿sin padre nacimos?
Si no nos conoce, si ya le perdimos,
si no quiere vernos, si todo olvidó,
apiádate entonces, tú danos un padre,
en ti fervorosa creyó nuestra madre...
Jesús le contesta:—¡Soy huérfano yol

Un rayo de luna, silente, muy leve,
de luz ya sin vida, de luz toda nieve,

alumbra impasible la eterna orfandad.
El Cristo, ya exangüe, dobló la cabeza...
Se acerca á las tumbas la pobre tristeza,
y dice á los niños:—Dormid. Olvidad.

.....

Así, como esos tan pálidos niños,
en mí resucitan antiguos cariños,
y trémulos tienden los brazos á ti.
Tú, virgen, entornas los párpados rojos;
crepúsculo tibio de amor, en tus ojos
despídese triste, muy triste de mí.

II

¿Recuerdas los versos del trágico griego?
Las fraguas de Hefestos, matrices del fuego,
retando á los dioses, profana un titán;
de Zeus fulmineo, la mano se crispa.
El hombre le hurta la mágica chispa,
y eleva su incienso al hombre el volcán.

Ya tiene la grande, la enorme potencia,
 secreto inviolado, recóndita esencia
 de acción y de hechizo, de aliento y de luz.
 La Fuerza invencida sorprende al furtivo
 ladrón de su alma, y clávale vivo
 en cruz de titanes: el monte de Elbruz.

El Padre Océano se yergue, levanta
 su turba de olas y al mártir le canta
 la inmensa elegía, que no morirá:
 del Cáucaso tremen los ecos más hondos;
 piadosas, erectos los senos redondos,
 oceánidas blancas acércanse ya.

Susurro de alas palpita en el aire,
 murmurio de espuma prendida al desgaire
 en ola traviesa que brinca gentil;
 ruido ligero de místico velo
 que mármoles roza, con tímido vuelo
 se eleva del negro y abrupto cantil.

El mar acaricia las trenzas de oro;
 cual niebla se alza del trémulo coro
 un húmedo, lento, sollozo de amor;
 del pálido mártir la faz se ilumina,
 y lánguida mece la onda marina
 los cuerpos desnudos que tiñe el rubor.

Así, como ese Titán Prometeo,
 clavado á la roca te vió mi deseo.
 Tus cantos de amores inmóvil oí:
 ¡oh brisa, columpia, columpia la ola!
 No está en el espacio mi alma tan sola...
 ¡Oceánidas blancas, cantad junto á mil

CALICOT

Á Anselmo Alfaro.

—Abre la puerta, portero,
que alguno tocando está.

—Es el amigo cartero.

—En su gran bolsa de cuero,
mi buen amigo el cartero.

¿Qué traerá?

Ha diez años vivo ausente
de casa: ¿me escribirán?
¡Abre, que estoy impaciente!

¿Qué dirán al pobre ausente
los que tan lejos están?

¿Qué dirán?

Entra á la pobre casucha;
sube listo la escalera,
y se quita la cachucha
y desata la cartera.

¡Ya está aquí!

¡Ya está la carta cerrada
que mi madre idolatrada
habrá escrito para mí!

¡Ya está aquí!

Con ojos que nubla el llanto
se pone el pobre á leer,
pero á veces llora tanto
que casi no puede ver.

¿Qué será

lo que le escriben al mozo,
cuando lanza este sollozo:

¡Mi mamá?

Las manos, lacias y flojas,
 abre en hondo desconsuelo,
 y de la carta las hojas
 caen arrugadas al suelo.

Ya no es posible que acabe
 de leerla; ¡ya no vel
 ¿Para qué, si ya lo sabe?

¿Para qué?

Besa el enlutado sobre
 y rompe el mozo á llorar...
 ¡Diez años hace que el pobre
 dejó su tierra y su hogar!
 ¡Diez años hace, diez años,
 salió á buscarse la vida...
 Bajo los altos castaños
 ¡qué triste la despedida!

La madre le dió un rosario,
 el padre un abrazo estrecho...
 y hoy al verse solitario,

¡con ansia el pobre rosario
 oprime contra su pecho!

Á América le mandaron;
 con ahinco trabajó,
 y meses y años pasaron
 para el pobre *calicot!*

¿A qué seguir la porfía?...
 La madre que le quería

se murió!

Vendiendo cintas y gorros,
 fué su trabajo fecundo;
 pero ya solo en el mundo
 ¿de qué sirven sus ahorros?

—¿Quién los ojos de mi anciana
 buena madre cerraría?
 ¿Quién la humilde cruz cristiana
 en las manos le pondría?

LA DUQUESA JOB

A Manuel Puga y Acal.

En dulce charla de sobremesa,
mientras devoro fresa tras fresa
y abajo ronca tu perro Bob,
te haré el retrato de la duquesa.
que adora á veces el duque Job.

No es la condesa que Villasana
caricatura, ni la poblana
de enagua roja, que Prieto amó;
no es la criadita de pies nudosos,

ni la que sueña con los gomosos
y con los gallos de Micoló.

Mi duquesita, la que me adora,
no tiene humos de gran señora:
es la griseta de Paul de Kock.
No baila *boston*, y desconoce
de las carreras el alto goce,
y los placeres del *five o'clock*.

Pero ni el sueño de algún poeta,
ni los querubes que vió Jacob,
fueron tan bellos cual la coqueta
de ojitos verdes, rubia griseta
que adora á veces el duque Job.

Si pisa alfombra, no es en su casa,
si por Plateros alegre pasa
y la saluda Madame Marnat,
no es, sin disputa, porque la vista,

si porque á casa de otra modista
desde temprano rápida va.

No tiene alhajas mi duquesita,
pero es tan guapa y es tan bonita,
y tiene un cuerpo tan *v'lan*, tan *pschutt!*
de tal manera transciende á Francia,
que no le igualan en elegancia
ni las clientes de Hélène Kossut.

Desde las puestas de la Sorpresa
hasta la esquina del Jockey Club,
no hay española, yankee ó francesa,
ni más bonita, ni más traviesa
que la duquesa del duque Job.

¡Cómo resuena su taconeo
en las baldosas! ¡Con qué meneo
luce su talle de tentación!
¡Con qué airecito de aristocracia

mira á los hombres, y con qué gracia
frunce los labios—¡Mimí Pinson!

Si alguien la alcanza, si la requiebra,
ella, ligera como una cebra,
sigue camino del almacén;
pero ¡ay del tuno si alarga el brazo!
Nadie le salva del sombrillazo
que le descarga sobre la sien.

¡No hay en el mundo mujer más linda
Pie de andaluza, boca de guinda,
esprit rociado de Veuve Clicqot;
talle de avispa, cutis de ala,
ojos traviosos de colegiala
como los ojos de Louise Theol

Agil, nerviosa, blanca, delgada,
media de seda bien estirada,
gola de encaje, corsé de ¡cra!

nariz pequeña, garbosa, cuca,
y palpitante sobre la nuca
rizos tan rubios como el coñac.

Sus ojos verdes bailan el tango;
nada hay más bello que el arremango
provocativo de su nariz.
Por ser tan joven y tan bonita,
cual mi sedosa, blanca gatita,
diera sus pajes la emperatriz.

¡Ahl tú no has visto cuando se peina,
sobre sus hombros de rosa reina
caer los rizos en profusión!
¡Tú no has oído qué alegre canta,
mientras sus brazos y su garganta
de fresca espuma cubre el jabón!

¡Y los domingos!... ¡Con qué alegría
oye en su lecho bullir el día

y hasta las nueve quieta se está!
¡Cuál se acurra la perezosa,
bajo la colcha color de rosa,
mientras á misa la criada va!

La breve cofia de blanco encaje
cubre sus rizos, el limpio traje
aguarda encima del canapé;
altas, lustrosas y pequeñitas,
sus puntas muestran las dos botitas,
abandonadas del catre al pie.

Después ligera, del lecho brinca;
¡oh, quién la viera cuando se hinca
blanca y esbelta sobre el colchón!
¿Qué valen junto de tanta gracia
las niñas ricas, la aristocracia,
ni mis amigas de cotillón?

Toco; se viste; me abre; almorzamos;
con apetito los dos tomamos

un par de huevos y un buen beefsteak,
media botella de rico vino,
y en coche, juntos, vamos camino
del pintoresco Chapultepec.

Desde las puertas de la Sorpresa
hasta la esquina del Jockey Club,
no hay española, yankee ó francesa,
ni más bonita ni más traviesa
que la duquesa del duque Job.

LA ABUELITA

Tres años hace murió Abuelita;
cuando la fueron á sepultar,
deudos y amigos en honda cuita
se congregaron para llorar.

Cuando la negra caja cerraron,
curioso y grave me aproximé,
y al verme cerca, me regañaron
porque sin llanto la contemplé.

Dolor vehemente rápido pasa;
tres años hace que muerta está,
llovieron penas, y nadie, en casa,
de mi abuelita se acuerda ya.

Yo solo tengo luto y tristeza,
y su recuerdo fuerza cobró,
como del árbol en la corteza
se ahonda el nombre que se escribió.

TRISTISSIMA NOX

I

¡Hora de inmensa paz! Naturaleza,
entregada en las horas de la noche
á insomnes trasgos y fantasmas fieros,
breves instantes dormir parece
en espera del alba. Cae el viento,
con las alas inmóviles, en tierra;
duerme la encina; el lobo soñoliento
se tiende dócil y los ojos cierra.

Es el inmenso sueño, el sueño breve
que no agitan las lluvias torrenciales,

y sólo turban, en el duro invierno,
 lentas lloviznas ó menuda nieve.
 Es el inmenso sueño; paso á paso
 la pantera que ha poco devoraba
 á la mísera res, busca en silencio
 el hediondo cubil; ya no se oye
 de la culebra rápida el silbido,
 yentre grandes lumbradas, que alimentan
 las rajas crepitantes de la encina,
 recuéstase el viajero de los bosques
 al lado de su vieja carabina.

Todo reposa: por los aires huye,
 tras diabólica bruja, el ágil duende,
 se aproxima la luz, el mal concluye,
 suben las almas y la paz descende.

II

La noche es formidable: hay en su seno
 formas extrañas, voces misteriosas;
 es la muerte aparente de los seres,
 es la vida profunda de las cosas.

Dios deja errar lo malo y lo deforme
 en las sombras nocturnas; de su encierro
 salen brujas y fieras y malvados;
 en el dormido campo ladra el perro,
 maulla el gato negro en los tejados.
 Pueblan el aire gritos estridentes;
 ya de infeliz mujer es el quejido,
 ya el trote de caballos invisibles
 ó de salvaje hambriento el alarido;
 plegarias, maldiciones y sollozos;
 cantos de bardo; cláusulas tremendas
 de indignado profeta; el grito agudo
 de las aves nictálopes que pasan;
 el balar de la oveja en cuya nuca
 el leopardo feroz las uñas hinca;
 el confuso rumor de la hojarasca
 que remueve el venado cuando brinca;
 choque de escobas que en el aire azotan
 las malévolas brujas, y clamores
 de dolientes espíritus que flotan
 como cuerpos de niebla entre las flores;
 todo en violento remolino sube
 y al viajador errante aterroriza;
 todo en el aire negro se propaga,
 cuaja la sangre y el cabello eriza!

Bocas sin cuerpo gritan en la sombra;
 cruje la puerta de reseca tabla;
 los diablos llaman, el pavor nos nombra;
 el monte quiere huir y el árbol habla.

III

La noche es formidable: las pupilas
 que en su profunda obscuridad se abren,
 aparecen sangrientas en el lobo,
 de amarillo color en la lechuza.

Todas despiden luces infernales
 é iluminan la marcha silenciosa
 del gato montaraz y los chacales,
 la astuta comadreja y la raposa.

Sólo el fósforo brilla: en esos ojos
 que ardientes lucen como vivas fraguas,
 en los fuegos errantes de los aires,
 en las ondas plumizas de las aguas.

Cuando la luz expira, el color duerme:
 lo que vive en la sombra es negro ó pardo,
 tiene las cerdas ásperas del oso
 ó las manchas oscuras del leopardo.

Las plumas de los pájaros nocturnos
 con la densa tiniebla se confunden,
 y cual delgadas láminas, hirsutas,
 en la carne se hunden.

Cuanto en la noche tenebrosa alienta,
 es tardo en el andar, torpe en el vuelo:
 la serpiente lucifuga se arrastra;
 en el alto ciprés se para el buho;
 el cuervo acecha; lo que vuela baja,
 y, cautelosa, la terrible hiena
 despacio marcha y vigorosa encaja
 las garras inflexibles en la arena.

IV

La noche no descende de los cielos;
 es marea profunda y tenebrosa
 que sube de los antros: mirad cómo
 aduénase primero del abismo
 y se returce en sus verdosas aguas.

Sube en seguida á los rientes valles,
 y, cuando ya domina la planicie,
 el sol, convulso, brilla todavía

en la torre del alto campanario,
y en la copa del cedro, en la alquería,
y en la cresta del monte solitario.

Es náufraga la luz: terrible y lenta
surge la sombra; amedrentada sube
la triste claridad á los tejados,
al árbol, á los picos elevados,
á la montaña enhiesta y á la nublé!
Y cuando al fin, airosa, la tiniebla
la arroja de sus límites postreros,
en pedazos, la luz, el cielo puebla
de soles, de planetas y luceros!

V

Y con ellas se van la paz amiga,
la dulce confianza, el noble brío,
de quien, alegre, con vigor trabaja;
y para consolarnos, mudo y frío,
con sus alas de bronce el sueño baja.

Entonces todo tímido se oculta:
en el establo, los pesados bueyes;
en el aprisco, el balador ganado;
en la pequeña cuna, la inocencia;
ensu tranquilo hogar, el hombre honrado,
y el recuerdo impasible, en la conciencia.

Mil temores informes y confusos
del hombre y de los brutos se apoderan;
en la orilla del nido, vigilante,
el ave guarda el sueño de su cría
y esconde la cabeza bajo el ala;
el noble perro con mirada grave
interroga la sombra y ver procura;
los caballos, piafando, se encabritan
y con pavor ó sobresalto evitan
los altos montes y la selva oscura.

Si en la extensa llanada le sorprende
con su cortejo fúnebre la noche,
el potro joven á su hermano busca
y en su lomo descansa la cabeza.

Todo tiende á juntarse en esta hora,
 todo en la vasta soledad se hermana,
 hasta que alegre, la triunfal diana,
 en el áureo clarín toca la aurora.

VI

También el alma se compunge ¡oh noche!
 en tu ébano profundo. ¡Cuántas fieras,
 á tu favor alzándose, ya graznan
 como torvas lechuzas; ya semejan
 endriagos fabulosos; ora rugen,
 ora con voz tristísima se quejan.
 Son los sueños; habitan las cavernas
 invisibles del aire, ó bien se ocultan
 dentro del propio sér; la luz evitan,
 y para ser visibles y palpables
 el fondo de la noche necesitan.

Se acercan; con sus garfios y tenazas
 de retorcido bronce, al lecho llegan,

y á nuestra boca, trémula de espanto,
 labios helados y viscosos pegan.
 Éste, iracundo, con sus pies de cabra
 las sábanas araña; aquél, riendo,
 muestra los agudísimos colmillos;
 ése, felino monstruo, nos contempla
 con sus enormes ojos amarillos.

Ya el toro rebramando nos persigue;
 ya, vivos, en la fosa nos entierran;
 ya, como el ave, rápidos hendemos
 el aire tenue, cuando abrupto flanco
 destroza nuestras alas y caemos
 al fondo pedregoso del barranco.

Otras veces también, sombras dolientes
 por soberano astrólogo evocadas,
 pasan ante los ojos impacientes
 las figuras amadas:
 la madre que del seno de la fosa
 nos llama y acorrerla no podemos;
 el padre ausente, la culpable esposa

que en otros brazos, iracundos, vemos!
 Y si en el lienzo obscuro se perfila
 la casta sombra de la amada muerta,
 huye el sueño veloz de la pupila,
 y el dolor, sollozando, se despierta!

VII

En medio de la horrible pesadilla
 trazan, á veces, los traviosos duendes
 grotesca historia, lances inconexos,
 figuras que parecen retratadas
 en espejos convexos.
 Como frisos de gnomos que entrelazan
 canijas piernas, en tumulto cruzan
 enanos retozones que se abrazan
 y en el aire sus miembros desmenuzan.
 Ata nuestra garganta férreo nudo,
 y entre el bullicio de la turba loca
 sentimos del murciélago velludo
 las repugnantes alas en la boca.

VIII

Cuando al enfermo espíritu no asaltan
 pueriles y fantásticos terrores,
 basta para amargar nuestra vigilia
 el recuerdo tenaz de los dolores.
 En tanto que la luz el cielo inunda,
 dormitan en su celda los recuerdos;
 mas, como hileras de callados monjes
 que el claustro cruzan, y á rezar maitines,
 calada la capucha, entran al coro,
 así, ceñudos, los recuerdos vienen
 cuando la noche lúgubre promedia,
 y torvos junto al lecho se detienen
 levantando sus cantos de tragedia.

IX

¡Ah! ¡Con cuánta ansiedad espera el alma
 como el árbol y el pájaro, la hora
 que sobresaltos y temores calma,

luctuosa madre de la rubia auroral
También la prisionera, la cautiva
del miserable cuerpo, luz desea,
como la flor que en sótanos oscuros,
buscando la enrejada claraboya,
trepando difícilmente por los muros.

Un sosiego infinito se difunde
en alcobas y campos: el enfermo
cierra, por fin, los párpados cansados;
y la esposa que vela diligente,
ahogando los sollozos de su pecho,
deja ya de rezar, dobla la frente,
y duerme fatigada al pie del lecho.

Todo es blando rumor: en la cornisa
la golondrina matinal gorjea,
y alegre llama á la primera misa
la aguda campanita de la aldea.
Cerrado está el cancel, la iglesia oscura;
pero ya se oye en la pequeña nave
la tos cascada del anciano cura
y el rechinar de la vetusta llave.

Se aproxima la luz: el gallo canta:
pronto al primer agudo cacareo
otro en la casa próxima contesta,
y luego cien y mil: la ranchería,
las dispersas cabañas, los corrales,
elevan la sonora greguería
con que saludan al albor del día
los vigilantes gallos matinales.

A la voz de la alondra, en los encinos
los zenzontles contestan: los pinzones
con las tórtolas charlan en los pinos,
y en el fresno rebullen los gorriones.
El leñador, de cuyo fuerte cincho
el hacha cuelga, deja su cabaña;
y suena y se propaga en la montaña
de los nobles caballos el relincho.
El toro lentamente se endereza,
alza el testuz, sacude la cabeza,
y prorrumpe en mugido prolongado.
Corre el ágil lebrél. Madrugadores,
se alejan los alegres cazadores
por los límites verdes del poblado.

X

¡Oh, luz! ¡oh, claridad! ¡oh, soll ¡oh, díal
 á ti se vuelve la creación enteral
 De tu mirada brota la alegría;
 de tu beso nació la primaveral
 No apareces aún y ya presente
 tu aparición la tierra jubilosa:
 escucha tus pisadas en la cumbre
 del nevado volcán; por cada poro
 quiere absorber la maternal frescura,
 y en tanto Venus sus pestañas de oro
 abre curiosa en la celeste altura.

No apareces aún, y todo cantal
 Impaciente la vida ya despierta,
 más temprano que el alba se levanta
 para esperarte ¡oh, virgen! en la puerta.
 Te precede el perfume: los jilgueros
 se empinan en las ramas temblorosas,
 y tus heraldos, leves y ligeros,

van derramando perlas en las rosas!
 En la alcoba que aún tan sólo espías,
 bocas enamoradas cuchichean,
 y en los encajes de la luz que envías
 almas de nuevos seres aletean.
 Solícitas bajando por las lomas
 á la luz del lucero matutino,
 corren las brisas esparciendo aromas
 en la atmósfera azul de tu camino.
 Y como lluvia de purpúreas flores
 caída de las pálidas estrellas,
 bajan los sueños lúbricos, de amores,
 al lecho virginal de las doncellas.

XI

¡Oh, luz! ¡oh, claridad! ¡oh, soll ¡oh, díal
 La tierra, como casta desposada
 que espera, en el umbral de la alquería,
 de blancos azahares coronada,
 púdica y amorosa se estremece,
 los niveos brazos en el pecho junta,

y con trémula voz, que desfallece,
por su amado á los céfiros pregunta.

¡Vas á llegar! Estremecida y muda
la novia espera en el hogar abierto;
y con voz formidable te saluda
el soberbio elefante en el desierto.
El carro solitario de la Osa
halla en el mar incógnita guarida,
y, vencedora al fin, surges radiosa
¡oh, luz! ¡oh, claridad! ¡oh, soll ¡oh, vida!

LAS ALMAS HUÉRFANAS

I

En las noches de insomnio medroso,
en el lecho, ya extinta mi lámpara,
por la sombra, cual niño extraviado
que no encuentra, y la busca, su casa,
va llorando, pidiendo socorro,
por la sombra infinita mi alma.

Desconozco los sitios que cruzo;
yo no he visto jamás esas caras;
tienen ojos y á mí no me miran;
tienen labios y á mí no me hablan.

¡Qué ciudad tan hermosa y tan grande!
 ¡Cuánta gente por calles y plazas!
 ¡Cómo corre hervorosa la turba
 y atropella, derriba y aplasta!
 Ennegrece los aires el humo
 que en columnas despiden las fábricas.
 ¡Qué suntuosos palacios! ¡Qué luces!
 Y las torres ¡qué altas!, ¡qué altas!
 Y estoy solo, y á nadie conozco;
 oigo hablar, y no sé lo que hablan;
 si pregunto, no entienden y siguen...
 ¡Oh mis padres! ¡Mi casa! ¡Mi casa!

¿Será sueño? ¿Fué cierto que tuve
 un hogar, la casita callada,
 tan alegre, tan fresca por fuera
 y por dentro tan pura, tan santa?
 El balcón, siempre abierto de día
 y cruzado por mística palma,
 á la luz semejaba decirle:
 aquí hay dicha y virtud: pasa, pasa.
 De mi padre el cabello muy blanco
 y los muros color de esas canas;

en los tiestos muy frescas las rosas
 y de rosa vestida mi alma.
 ¡Qué bien sabe, entre risas, la cenal
 En el lecho albeaban las sábanas
 y allí el sueño y el beso materno
 y el tranquilo esperar la mañana!
 ¿Cómo fué? Yo salí con alguno...
 La viviente, brutal marejada
 me arrastró... Volví luego los ojos
 y estoy solo... ¡Mi casa! ¡Mi casa!

¡Pobre espíritu, débil, perdido
 entre gente egoísta y extraña!
 ¡Pobre ciego que cruzas tocando
 tristes cosas de amor en tu arpal
 Ya no sigas pidiendo limosna,
 ya no tiendas tus manos heladas,
 ya no cantes, que nadie te escucha,
 y en la tierra por siempre descansa.

Estoy solo, en tinieblas: —¡Dios mío!
 ¡Todo mudo! ¡Mi Dios! ¡Todo calla!

¿También tú, de los huérfanos padre,
 te quedaste, Señor, en mi casa?
 Habrá un Dios para estas ciudades;
 pero no es aquel Dios de mi alma,
 no me oye, no entiende mi lengua,
 y también apartándose pasa.
 ¿Que soy otro? ¿Ya no me conoces?
 ¿Tal mi cuerpo cambió la desgracia?
 Ah, tú no eres el bueno, ni el mío,
 falso Dios de las gentes extrañas!

Poco á poco la sombra poblaron
 en tropel invadiendo mi estancia
 seres mudos: tan sólo se oía
 el rumor de sus trémulas alas.
 Y después, cual si todos unidos
 consiguieran ligar la palabra,
 que dispersa en brevísimas plumas
 de sonidos deshechos volaba,
 tenue canto de súbito alzaron,
 como el ramo despide fragancia,
 como se une la luz de los cirios
 en el gran candelabro de plata,

y juntando en el aire sus haces,
 claridades intensas derrama.
 Hubo luz en mi noche sombría;
 no era, no, la maldita mi alma;
 sollozaba en la noche, errabunda,
 como triste molécula humana,
 como parte doliente del Todo
 que anda á tientas buscando su casa.

Y las vi, sí, las vi soñadoras...
 ¡Eran ellas, mis buenas hermanas,
 las que abrieron los ojos, en cunas
 por el padre, ya muerto, enlutadas,
 y de aquella que dióles la vida
 ¡sólo vieron las últimas lágrimas!
 Las que deja el Destino en el torno
 como expósitas tristes; las blancas
 criaturas que el vicio abandona,
 y, viniendo de noble prosapia,
 sienten luego crecer los impulsos
 que guardó el atavismo en su raza.
 Son las hijas de padres muy ricos
 que en miseria dejó la desgracia,

Volar quieren, y tientan convulsas
el lugar do tuvieron las alas.

¡Llora más, llora más, pena mía,
por las otras: no estás solitaria!
En la sombra lo blanco decía:
¡Oh mis padres! ¡Mis padres! ¡Mi casa!

II

Tú, poeta de pálido rostro,
el de húmeda y verde mirada,
cual teñida con gotas de absintio,
¿qué pediste al Señor? —Esperanza.--
A tu lado Mimí, juguetona;
la mantilla andaluza flotaba;
y en sus góndolas áureas salían
deslumbrantes los *Cuentos de Italia*.
Apurando la copa de ajeno
¿qué pediste? —¡Esperanza! ¡Esperanza!

Ese es el filósofo austero;
veces mil por la angosta ventana,
por la ojiva del templo, le vieron
de rodillas las luces del alba;
mas tocaron clarines de guerra,
convocó la Verdad á batalla
y la fe de aquel pecho creyente
se alejó como ave asustada.
Quiso al templo volver; ¡pero en vano!
A Jesús busca siempre; le ama,
como se ama la rosa marchita
que de amores pasados nos habla;
con amor de recuerdo, muy triste,
como luz vacilante de lámpara,
con ternura de hijo que besa
un retrato, un rosario, una lápida.
Labró en mármol la hermosa capilla
donde yace el Jesús de su infancia,
y quisiera decirle: ¡En ti creo,
sé mi Dios y levántate y anda!
Pero el Cristo, ¡qué exangüe! Sus ojos,
¡qué apagados! Su frente, ¡qué pálido!
Ya no tiene más sangre su cuerpo
para dar fuerza nueva á esa alma.
Pide al arte el filósofo austero

una fresca, mullida almohada,
 duerme á veces y grita en el sueño:
 ¡Oh mis padres! ¡Mis padres! ¡Mi casal

Y tú, italo de tétrico aspecto,
 amador de la musa pagana,
 tú, nacido á gozar como Ovidio
 en el coro gentil de las gracias,
 y clavado, infeliz Prometeo,
 en la cruz, para pasto de águilas;
 tú, que en torno á tu roca no viste
 las piadosas oceanidas blancas,
 ¿qué dijiste á la vida, poeta?
 —Te aborrezco por dura y por mala.
 ¡Oh fortuna! Por dicha no engendro.
 ¡No te ayudo!—¿Qué pides?—¡La nada!

Mas también ¡oh, poeta!, sentias
 de otra luz, de otra fe la nostalgia;
 eras tú para Grecia; en las naves
 de la Chipre riente soñabas;
 en las rosas de Jonia; en las ninfas
 que desnudas riendo besaban;
 en los dioses que fueron tan bellos;

en lo vivo que ahora es estatua,
 y también sollozando decías:
 ¡Oh mis dioses, mi Atenas, mi patria!

Como arcángel de negra armadura;
 retorcida, fulmínea la espada,
 gladiador en el suelo caído,
 no de frente, no inerme, de espalda,
 endereza su busto apolíneo
 apoyado en la mano que sangra
 el cantor de la ira, y osado
 con el cielo impasible se encara.
 La blasfemia forceja en su boca,
 es de acero su aguda mirada
 que á cruzarse tal vez con el rayo
 en certera actitud se prepara.
 Ha caído, la tierra quemóle
 como bruja infernal una planta,
 mientras gráciles, leves reían
 en alígera tropa las hadas.
 Ha caído. ¿Qué pide?—La muerte,
 el selvático potro que arrastra
 á Mazzeppa infeliz en la selva,

para huir entre espumas de rabia;
 el barranco, el torrente, la tumba,
 ¡el puñal de Manfredo! ¡Venganza!
 Busca á Dios: no le encuentra; iracundo
 llama al diablo; tampoco le halla;
 y agoniza, diciendo á clamores:
 ¡Oh Luzbell! ¡Oh mi Dios, oh mi raza!

Y tú mismo, poeta marmóreo,
 el olímpico, augusto monarca
 de las quietas regiones en donde
 se disfruta el placer, no se ama;
 tú, feliz por amado, y no amante,
 de las rubias muy rubias, muy blancas,
 ¡luz!, ¡más luz!—moribundo decías
 al entrar en la sombra tu alma.

¡Ayl es cierto que todos decimos
 como Rückert: ¡Dadme alas! ¡Dadme alas!

¡Oh Destino! La lluvia humedece
 en verano la tierra tostada;
 en las rocas abruptas retozan,
 su frescor esparciendo las aguas;
 pero el hombre de sed agoniza,
 y sollozan las huérfanas almas:
 ¿Quién nos trajo? ¿De dónde venimos?
 ¿Dónde está nuestro hogar, nuestra casa?

On l'estimé le plus honnête et le plus
en vers de son siècle, et en
en les plus beaux esprits de son
en l'un des plus grands hommes de son
part de l'humanité, et de la
sollon les plus grands hommes de son
On ne peut pas dire que son
l'homme qui n'est pas un homme.

Il est un homme qui n'est pas un homme
et qui n'est pas un homme. Il est un
homme qui n'est pas un homme et qui
n'est pas un homme. Il est un homme
qui n'est pas un homme et qui n'est
pas un homme. Il est un homme qui
n'est pas un homme et qui n'est pas
un homme. Il est un homme qui n'est
pas un homme et qui n'est pas un
homme.

Il est un homme qui n'est pas un homme
et qui n'est pas un homme.

ODAS BREVES

Il est un homme qui n'est pas un homme
et qui n'est pas un homme. Il est un
homme qui n'est pas un homme et qui
n'est pas un homme. Il est un homme
qui n'est pas un homme et qui n'est
pas un homme. Il est un homme qui
n'est pas un homme et qui n'est pas
un homme. Il est un homme qui n'est
pas un homme et qui n'est pas un
homme.

I

Á HIDALGO

Mil veces, Padre, en la nocturna calma,
del encinar bajo la sombra fría,
ó en los mares del trópico, tu alma
habló calladamente con la mía.
Y veces mil junto al rojizo fuego,
en la verde planicie y en el monte,
como la sombra de Efenor el griego
te he visto descender del horizonte.
Á mí te acercas: hasta el cuello sube
tu ropaje talar, blanco y sencillo;
con religioso sobresalto avanzo,

asir la fimbria de tu veste alcanzo,
y besando tu mano, me arrodillo.

¡No, Padre, no! La voluptuosa Musa
que mis cantos eróticos inspira
acobardada y trémula, rehusa
la pindárica lira.

Es ninfa alegre cuya breve planta
huella los myrthos y el laurel en Creta,
es parda alondra que amorosa canta
en el balcón abierto de Julieta.
Es la Musa del goce y de la vida;
su labio moja lúbrico falerno,
no es la Musa robusta de los bravos
que apura, en las veladas del invierno,
el áspero licor de los esclavos.

Déjala, pues, en su Tibur dormida,
ó vagar, agitando el áureo tirso,
en la mármórea desnudez helena;
su voz, á los amores consagrada,

se eleva, como canto de sirena,
á los jónicos ritmos ajustada.

De Atenas y Hermes el secreto ignoro:
¡pasa, Padre, de mí, tu cáliz de oro!

Yo sé bien que la excelsa poesía,
del encumbrado olimpo guardadora,
no ha prorrumpido en cantos seculares
dignos de resonar en tus altares:
dulces panales de estival colmena
son nuestros cantos, hálitos de flores;
y nuestra inspiración, vana ó beoda,
sujeta siempre á femenil tarea,
no sube á los espacios de la idea
en las altas frementes de la Oda.

¡Aún aguardas tu epopeya augusta,
aún esperas el buril gigante
que ha de trazar tu gran bajo relieve

en las cimas eternas de la nieve,
 y rebusca hervoso el mar de Atlante
 al bardo que traduzca sus rumores
 y con ellos te cantel
 No te dimos piadosa sepultura
 en nuestros versos, cual á raudo Aquiles
 pentélico sepulcro dió la Grecia;
 tu sombra corre tras ignoro Homero,
 como la sombra del gallardo arquero
 en las cumbres nevadas de la Helvecia.

Pequeños somos para empresa tanta:
 já la intacta cerviz de los volcanes
 sólo sube el condor, y al viejo Olimpo,
 por escala de montes, los titanes!
 Nuestra Musa, pueril y desmedrada,
 la débil musa del placer y el llanto,
 blandir no puede la terrible espada,
la alta espada del canto.

Sólo un poeta púgil, vigoroso,
 de nuestras grandes luchas viejo Alcides

que la corona de silvestre olivo
 ganó bizarro, presentar merece
 en forma escultural que no perece
 tu espíritu gigante, redivivo.
 Sólo él, Patriarca á cuya tienda acuden
 dispersas tribus con filiales dones,
 puede pulsar la lira septicorde
 á cuyo noble y entusiasta acorde
 en tropel se levantan los tritones.
 Es el poeta, ¡oh Padre! es el primero:
 alma sonora de tu pueblo, Homero!
 Alce ya el canto secular, y rompa
 en la cláusula ardiente de la guerra,
 suene su voz como bronceína trompa
 retumbando en las cuencas de la sierra.
 Infunda inspiración, vigor derrame,
 haga hervir nuestra sangre generosa,
 y los nobles espíritus inflame
 desde la cruz del Sur hasta la Osa.
 ¡Hiera, por, fin, la tierra, el férreo paso
 de tu egregio Tirteo,
 y piafe encabritándose Pegaso,
 domado por Orfeo!

Nosotros, los efebos sonrientes,
llevaremos cantando á tus altares
los jonios mirtos y las rosas sueltas,
como iban las canéforas esbeltas
á los templos olímpicos de Ares.

Á UN AMIGO

Mientras exhalen su lascivo aroma
los myrthos á Afrodita consagrados,
mientras espume generoso vino
en áurea taza, y corra enardecida
la sangre por mis venas—¡te lo juro!—
no dejaré jamás que en ocio grato
repose el corazón. En vano quieres
que del templo de Venus me desvíe
y que á Hermes fecundo me consagre;
filtro invencible mi vigor enerva,
ajena voluntad mi pecho manda,

y pues dueño no soy de mi albedrío,
 deja que en el retiro tiburiano
 abra todos mis poros al deseo,
 que yo, Felipe, como el gran pagano,
 jamo la forma y en la forma creol

No son perpetuas las fragantes rosas
 ni es eterno el amor: pasan fugaces
 los juveniles ímpetus; rendido
 quedaré como púgil inexperto
 que en los ístmicos juegos se fatiga,
 y entonces, burla de la edad lozana,
 hurtándome las Gracias sus favores,
 miraré cómo esquivan mi ventana,
 con burlona sonrisa, los amores.
 En tanto, amigo, que nerviosos puedan
 mis brazos apretar, y mis pupilas
 tengan á ratos resplandor de acero
 y malicia de víboras; en tanto
 que mis ruegos atiendan favorables,
 las Cintias, Lydias ó Gliceras, vano
 tu consejo ha de ser: húmedo césped
 tiende su alfombra en el retiro umbroso,

el sol la sangre juvenil caldea,
 zumban enamorados los insectos,
 cisnes gallardos pensativos siguen
 del lago azul en las dormidas linfas,
 ¡y, enfurecidos, á las blancas ninfas
 los sátiros caprípedos persiguen!

Á DYONISOS

Nada mejor que el vino. Ya se apure
 en pobre taza de pulido barro,
 ó ya lo escancié joven Ganimedes
 en áurea copa, á su poder supremo
 huyen despavoridos los dolores;
 Venus propicia nuestra voz escucha,
 y al clamor juvenil cediendo grata,
 vencida al fin en amorosa lucha,
 las cintas de su túnica desata.

No tracéis en el gran bajo-relieve
 del templo secular, al buen Dyonisos

con decrepito aspecto y luenga barba;
 sus ojos el insomnio no sombrea,
 ni con mirada turbia ve impasible
 la danza de las ninfas. Fuerte y joven
 persigue á las traviesas hamadriadas,
 retoza con las náyades esbeltas,
 y Erigone gentil de trenzas sueltas
 le concede sus gracias codiciadas.

El ebrio que rojizo y mofletudo
 anda con paso soñoliento y tardo,
 en nada se parece al Dios gallardo
 que juega con las ménades desnudo:
 fresca la sangre por sus venas corre,
 húmedas rosas su cabeza ciñen,
 y de las gracias en el núbil coro
 sin áureo cetro ni flotantes ropas,
 de la cratera cincelada en oro
 derrama el néctar en las hondas copas.

Sus pisadas alígeras despiertan
 al amor fatigado que dormita,

sus dedos cierran, con sūave peso,
los párpados dolientes de la pena,
y si al triclinio se aproxima, suena
en cada boca de mujer, un beso.

¡Oh, padre Anacreón, canta á Dyonisos!
Otros en honra del augusto Zeus,
de Poséidon cerúleo y Afrodita,
el épodo triunfal canten sumisos;
tú que á los vates del placer presides,
celebra al Dios de las jugosas vides:
¡Oh, padre Anacreón, canta á Dyonisos!

Á LYDIA

¿A cuántos engañaron tus promesas,
oh, Circe habilidosa? ¿Cuántos, dime,
tus rojos labios de coral mordieron?
¿Cuántos de tus burlados amadores

como propicias víctimas murieron?
Yo sé que todo cuanto dices, Lydia,
es calculada red engañadora,
que no hubo en el mundo más perfidia

ni mar, cerúlea ninfa, más traidora.
Pero disfrute yo de tus halagos,
y sienta de tu boca estremecida

la caliente humedad cuando me besas,
y mientan en buen hora tus promesas,
aunque me cueste el despertar la vida.

Á KÁMER

Versos rotundos de belleza antigua
quisiera para ti: la griega lengua
sobria y hermosa, y juvenil y fuerte,
como la Diana Cazadora, fuera
la única digna de cantar tu gracia;
por eso embebecido te contemplo,
y mi canción, que tu beldad celebra,
es como arroyo débil que se quiebra,
en las gradas de un templo!

En torno tuyo vagan los deseos,
como abejas en torno de una rosa:

tu mirada es el beso prometido,
tu andar es la cadencia silenciosa;
cuando pasas, á labios y pupilas
en tumulto se asoman los amores
para verte en silencio y admirarte,
como al pasar el vencedor de Marte,
salen los niños á arrojarle flores.

Y tú pasas ¡oh, joven vencedora!
terciado el arco en la mármorea espalda
¡mozos y viejos cantan tu hermosura
de pie sobre tu carro marfilino!
Mueven el aire sonoras palmas,
y cuando llegas, cual si un Dios llegara,
se arrodillan las almas.

Nada á tu gloria falta: ni poetas
que halaguen blandamente tus oídos,
ni el doliente gemir de los vencidos
que á tu carro magnífico sujetas.

Jamás la forma que el poeta admira
tuvo más noble encarnación humana,
ni con blando compás y jonia lira
te pudo enaltecer musa pagana.

Todo palpita en tu presencia, diosa;
no divides tu imperio con ninguna,
y reinas en las almas por hermosa
muy más que por sus dádivas, Fortuna.

¿Quién huye de tus dardos? ¿Quién no quiere
ser víctima en tus aras ofrecida?
¿Quién, á la muerte con tu amor, prefiere
los efímeros goces de la vida?

Sed insaciable de hermosura lleva
mi voluntad á ti; tu forma veo,

y con espasmos de placer se abreva
en tu mórbido encanto mi deseo.

El alma entonces de placer expira,
la boca tiembla, el seno se levanta,
tus ropas huyen... y la tierra gira
—¡oh Venus inmortal!—bajo tu planta...

A UNA TÍMIDA

Si no fuera tan breve
esta que disfrutamos vida escasa,
rogárate que en nieve
trocaras ese fuego que te abrasa.

Mas son los inmortales
muy avaros del tiempo: nos lo miden
y en partes desiguales,
para que alcance á todos, lo dividen,

Y como nadie sabe
 si parte larga ó corta le concierne,
 por miedo de que acabe
 su vida, á los placeres la discierne.

Goza, pues, sin recelo,
 de tu verde mañana, que premiosa,
 sin que lo estorbe el cielo,
 vendrá después la muerte sigilosa.

Tus ímpetus no acorte
 el miedo de pasar por casquivana,
 pues el que más te exhorte,
 como los otros, morirá mañana.

¿Qué los plácemes valen
 ni las censuras agrías, si los hombres,
 aun los que sobresalen
 viven un poco menos que sus nombres?

¿Ni cómo desconfías
 de la bondad de Júpiter inmensa
 si, contados tus días,
 no puedes inferir eterna ofensa?

Por efímeros unos,
 por inmortales otros, su dictamen
 nunca hará que ningunos
 amantes, por seguirlo, no se amen.

Rabie iracundo el triste
 que sus favores disfrutar no puede:
 tú, vive cual viviste
 y al blando influjo de mi ruego cede.

¿Qué nos importa el necio
 cuya envidia, rugiendo, nos amaga?
 Su cólera desprecio:
 prende, fulmina, y al brillar se apaga.

A los dioses no insulta
nuestro cariño: nunca su fiereza
con suspicacia abulta
de los míseros hombres la flaqueza.

Con espíritu bravo
sigue, pues, el camino de tu gloria,
y ata, diosa, otro esclavo
á tu fulgente carro de victoria.

Parad el vuelo, taciturnas horas,
raudos venid, ¡oh goces no sentidos!
¡Aún el Falerno tiñe de escarlata
el cristal de las copas! Aún sostengo
la jonia lira de brillante plata,
y de la esquiva juventud ingrata
la voladora túnica detengo.

Deshojemos los lirios. Todavía
el canto epitalámico resuena,
escancia Ganimedes ambrosía

y Cintia con sus brazos me encadena;
sus párpados no entorna soñoliento
el ávido placer; fragantes rosas
alfombran el marmóreo pavimento,
y hay lechos de marfil para las diosas!
Deshojemos los lirios. Y mañana
cuando llegue el invierno entumecido,
en sus pálidos brazos de lesbiana,
encuéntreme sin fuerzas y dormido!

ÚLTIMA NECAT

¡Huyen los años como raudas naves!
¡rápidos huyen!

Infecunda Parca
pálida espera. La salobre Estigia
calla dormida.

¡Voladores años!
¡Dado me fuera detener convulso,
horas fugaces, vuestra blanca vestel
Pasan las dichas y temblando llegan
mudos inviernos...

Las fragantes rosas

mustias se vuelvan, y el enhiesto cáliz
cae de la mano. Pensativa el alba
baja del monte. Los placeres todos.
duermen rendidos...

En mis brazos flojos
Cintia descansa.

¿A quién la palma de hermosura toca
sino á ti, la gentil ninfa hechicera,
en cuya fresca y purpurina boca
nace el perfume y el amor espera?
Buscan tus labios revolando leves
las abejas del ática: tu frente
es predilecta de las jónicas flores;
alza, al copiarte, erótico murmullo
el arroyuelo que á tus pies resbala,
y de tu voz el celestial arrullo
al canto de las Piérides iguala.

De Apolo Smínteo las veloces flechas
puso el amor en tus serenos ojos;
atan las gracias tu virgínea zona,
nunca por mano de mortal tocada,
y Venus rubia envidia la corona
por tus trenzas negrísimas formada.

¡A ti la palma, á ti la copa de ónix
y el Eros de marfil; á ti las vides!
¡A ti de Sycos las balantes greyes
y del Tirreno abismo los corales!
¡A ti mi corazón! oh joven reina
amada de los dioses inmortales!
¿Reina no eres? Tu celeste encanto
al propio olimpo su poder extiende,
y de tus hombros torneados prende
un invisible y majestuoso manto!

¡Oh de la dicha casta iniciadoral
¡aquí en mi corazón tu sien reclinal!
¡Oh numen del amor, joven divina,
no partas en el carro de la Auroral!

Á UN TRISTE

¿Por qué de amor la barca voladora
con ágil mano detener no quieres,
y esquivo menosprecias los placeres
de Venus, la impasible vencedora?
A no volver los años juveniles
huyen, como saetas disparadas
por mano de invisible Sagitario;
triste vejez, como ladrón nocturno,
sorpréndenos sin guarda ni defensa,
y con la extremidad de su arma inmensa,
la copa del placer vuelca Saturno.

¡Aprovecha el minuto y el instantel
 Hoy te ofrece rendida la hermosura
 de sus hechizos el gentil tesoro,
 y llamándote ufana en la espesura,
 suelta Pomona sus cabellos de oro.

En la popa del barco empavesado
 que navega veloz rumbo á Citeres,
 de los amigos el clamor te nombra,
 mientras, tendidas en laegipcia alfombra,
 sus crótalos agitan las mujeres.

Deja, por fin, la solitaria playa,
 y coronado de fragantes flores
 descansa en la barquilla de las diosas!
 ¿Qué importa lo fugaz de los amores?
 ¡También expiran jóvenes las rosas!

A UNA ARTISTA

En vano busco la gentil guirnalda
 que á mi frente ciñeron los Amores.
 ¡El tiempo la agostó! Mas, á tenerla,
 súbito de mis manos la arrancara
 é hincando la rodilla temblorosa
 las flores de Corinto deshojara
 en tu ancha copa de marfil ¡oh, diosa!

¡Oh, predilecta del divino Orfeo!
 ¡Oh, reina de las brisas que susurran
 en los délficos huertos! Para oírte

interrumpen los dioses sus banquetes,
calla suspenso el apolíneo coro,
y tu canto nupcial en lira de oro
acompaña el gallardo Musagetes!

¿Quién á tu voz resiste, si encadenas
con vínculos de amor el albedrío?
¡Ulises para oír á las sirenas
atábase en el mástil del navío.

A LYDIA

Lydia, de tus encantos juveniles
huyen los cautos. La ciprina diosa,
maestra en amansar las voluntades,
en sus rodillas te alecciona astuta:
miras, y vences; hablas, y fascinas;
encubres tus intentos con cautela
y cuando al bosque, Lydia, te encaminas,
Eros, en torno de tus hombros, vuela.

Mas no permitan los prudentes dioses,
guardianes de mi suerte, que deponga

las armas en tu altar, porque tu ahinco
es hacer tributario mi deseo,
rendir mi voluntad, y ya logrado,
huir mis brazos en ligero brinco
dejándome convulso y desarmado.

Lydia: porque ciñeran mi garganta
tus brazos tan flexibles como llenos;
y por sentir con labios y mejillas
el ondular de tus calientes senos;
por estrecharte en la musgosa alfombra,
diera todo mi ser; pero contigo
marcha la astucia, como tetra sombra...
Lydia, divina Lydia, no te sigo.

LIGERA APRECIACION

SOBRE GUTIERREZ NÁJERA

LIGERA APRECIACIÓN SOBRE

GUTIÉRREZ NÁJERA

Debo escribir, á toda carrera, cuatro palabras sobre Manuel Gutiérrez Nájera en cuanto poeta.

Anoche he releído la obra lírica de este lírico. Pocas veces la palabra poeta, y lo que ella implica de creación y de maravilla, fué tan expresiva y ajustada. Se trata de un verdadero poeta, de un portalira de derecho divino, de un cantor por obra y gracia de la Naturaleza. El poeta, según la palabra griega de que se deriva esta voz, crea, inventa; el vate, vaticina; el bardo canta, como los druidas inspirados, en las solemnidades de la fe; el trovador peregrina y entona trovas lisonjeras y galantes. Gutiérrez Nájera no tuvo del vate; tuvo, sí, del trovador, por sus versos enamorados; del bardo, por sus composiciones iniciales, llenas de unción y

por su constante misticismo. Y fué, por excelencia, poeta.

¿Cómo juzgarlo en líneas? ¿Cómo transmitir la sensación que produce y decir de qué medios se vale para producirla? ¿Cómo construir, sin tiempo ni materiales, un canal de mármol ó bronce para que fluya esa fuente de Castalia que nace en el corazón de este grácil rimador y corre á fecundar, en otros corazones, gérmenes de hermosura?

Antes de escribir me asomo al balcón. No sé por qué me asomo; esperando, tal vez, algo inconsciente, que de los cielos azules baje la revelación; esperando el signo, la clave que permita comprender un alma de poeta y explicar á los demás ese lírico misterio.

Estoy en Madrid. Mi balcón mira hacia el Guadarrama. ¡Qué mañana ésta mañana de Junio! El sol reverbera, como en el trópico. El aire abrasa. Las piedras, á manera de cristales, lanzan reflejos. La calle, desierta, árida, polvorienta, ciega lo mismo que esas carreteras polvosas, áridas y monótonas, de la Mancha y de Castilla.

A lo lejos, corta el horizonte, con su mole extensa y difusa, la enorme sierra, sobre cuyos picachos albean aún jirones de nieve invernal. A la izquierda, pardea el llano de Carabanchel. Más cerca, en la pelada planicie, una masa vegetal, angosta y obscura: las arboledas de la Casa de Campo. Calle de por medio con mi balcón, el rectángulo verde de un jardín y los techos rojos de un colegio clerical. Entre las matas discurren novicios, de blancas vestiduras talares, el breviario bajo el brazo, siempr

bajo el brazo, sin detenerse nunca á leer. ¿Leer? ¡Qué absurdo! Por algo se es aprendiz de clérigo en estos Madriles de Dios.

Nada me dicen Guadarrama nevado, ni Carabanchel pardo, ni obscuras arboledas de la Casa de Campo, ni rectángulo florido, ni techos rojos, ni blancos novicios; nada me dicen del poeta de América.

¿Nada?

En el rectángulo frontero hay calles de acacias, plátanos jóvenes y, en torno de una fuente, cipreses verdinegros. Hay también, no lejos de cierta galería de cristales, un eucalipto. ¡Qué grácil, qué flexible, qué armonioso, qué juvenil, qué bello!

Mientras los cipreses negruzcos, inmóviles y funerarios, parecen árboles de planto; mientras los plátanos, hojosos y vulgares, se agobian de calor; mientras las acacias se adormilan en el bochorno canicular, el gracioso eucalipto se balancea, indolente, á la más leve insinuación de la brisa, ó ardiendo al sol, taracea el suelo de jeroglíficos y arabescos.

Aislado junto á la galería de cristales, por donde pasean al abrigo, en invierno, flacos novicios ensotanados de blanco y gordos clérigos ensotanados de obscuro, aquel joven, delgado, esbelto eucalipto, es el árbol más elegante del verjelillo eclesiástico.

He ahí la revelación improvisa, he ahí la clave de los cielos azules, he ahí la enseñanza del jardín, el secreto del balcón, la voz de Natura.

Ese eucalipto es trasunto del poeta. Como el arbolillo de enfrente, el trovero de México permanece

en aislamiento, lejos de la turba de sus semejantes, más ó menos verdes de envidia; como él es joven, gracioso, melancólico, rítmico, bello.

—¿Qué parentesco, se preguntará, puede existir entre la arquitectura de un vegetal y el espíritu de un poeta?

—¡Ay de aquellos, responderé, que no perciben ciertas claras armonías de la Naturaleza!

Ese eucalipto cimbreante, ¿qué es sino sonrisa y regalo de Natura? Pues asimismo es regalo y sonrisa de Natura, aunque avalorado por el arte, el temperamento de un sensitivo como Gutiérrez Nájera.

Pero sea lo que sea, el árbol me sugiere la imagen espiritual del poeta. Al pensar en Gutiérrez Nájera, desde mi balcón, frente á ese jardinillo de colegio, escucho una flébil y deliciosa música de estrofas y relaciono la gracilidad de ese vegetal á la gracilidad de aquel ritmo.

*
**

Bastaría la precedente confesión, á los que no conociesen al cantor mexicano, para comprender que Manuel Gutiérrez Nájera no es un Tirteo que enardezca á las multitudes y las conduzca al sacrificio, ni un Píndaro que celebre los triunfos de la destreza y la audacia; que no es poeta heroico de penacho altanero, ni hierofante, ni didáctico. En verdad, no lo es. No se parece á Tasso ú Olmedo, ni á Víctor Hugo ú Olegario Andrade, ni al pesado Delille, ni al comedido y virgiliano Bello. Entre los americanos, los poetas con quien tiene más similitud de temperamento son Juan Clemente Zenea y Pérez

Bonalde, y entre los extranjeros, Alfredo de Musset. Pero su nota es personalísima, máxime en sus obras de madurez, si madurez pudo alcanzar un hombre que murió alrededor de la cuarentena, á quien agobió durante sus mejores quince años un baldío diarismo y á quien el aguardiente destruyó más pronto que á Rubén, el nicaragüense.

La elegancia literaria parece en él don de hada buena. Tuvo, desde la cuna, el sentido de lo gracioso, de lo delicado, de lo exquisito, tanto en el sentimiento como en la expresión. Como fué sentimental y apasionado de la forma en medio de su espontaneidad, á veces excesiva, la poesía de Gutiérrez Nájera —lo mismo que su prosa— es de constante elegancia arquitectónica y de sabor romántico. Pero el suyo es un romanticismo entreverado de realidades, ó por lo menos no se aleja de cierto concepto post-realista del arte. También se empapará ese romanticismo fundamental, según veremos más adelante, en la corriente de novísimas estéticas, como las gradas de mármol de los palacios venecianos se mojan en las aguas del Gran Canal, sin perder su resistente y blanca virtualidad de piedra.

Como este romántico conoció más ó menos de superficie, todas las tendencias literarias modernas, desde la de parnasianos nihilistas como Leconte de Lisle, hasta la de emotivos decadentes, como Verlaine; como no le fueron ajenos los ágiles relieves de Gautier, las iniciaciones de Baudelaire, los clonismos verbales de Banville, la ática dureza de Carducci, las elegancias portuguesas de Eugenio de Castro ni las suntuosidades de D'Annunzio; como

tampoco ignoró tendencias espirituales, paralelas á esa renovación del verbo: ni el misticismo de Dante Gabriel Rossetti, ni el amoralismo paradójico de Oscar Wilde, ni el naturalismo imperante en toda su fuerza cuando Gutiérrez Nájera empezó á escribir, ni el anarquismo risueño de Anatole France, ni el trascendentalismo social de Ibsen, ni el cristianismo utópico de Tolstoy, ni el aristocratismo de Nietzsche y Renan, ni la renovación poética de forma y de esencia que representa el simbolismo francés, ni, tal vez, las diferentes ramas que salieron de tronco tan robusto; como no desconoció, en una palabra, las varias corrientes ideológicas de su tiempo, ni las varias concepciones de arte que entonces convivían ó pugnaban por imponerse, Manuel Gutiérrez Nájera mal podía ser un romántico de 1830. Conocería mal muchas de las corrientes literarias modernas—sin duda fué así, puesto que á veces cita, en confusión, á Eduardo Rod y á Verlaine, como miembros de una propia familia de espíritus—; pero el barrunto que de tales corrientes espirituales y de las flamantes estéticas tuvo le impidió el anacronismo de echar sobre su cuerpo juvenil los desteñidos trajes chillones de aquel viejo romanticismo contemporáneo de *Hernani*.

El suyo, en este punto, es caso análogo al de otros temperamentos románticos de nuestra América: el nombre de Fabio Fiallo, por ejemplo, me viene á la pluma. Llegaron tarde y se incorporaron al movimiento con su alma sentimental. Vieron para atrás, pero andando, sin detenerse, y han contribuído á crear ese arte americano llamado moder-

nista—que se inició desde 1886 y que luego, ocho, diez ó pocos años más tarde, se hizo trascendente á España—; arte curioso y digno de estudio, no en los simios ó imitadores, no en los cerdos ó pape-leros vulgarotes, sino en las aves del paraíso, como Casal y Gutiérrez Nájera.

Y porque Gutiérrez Nájera apareció en nuestra América cuando las letras de lengua castellana en uno y otro mundo atravesaban el más árido y vergonzoso período que puede imaginarse—Grilo, Ferrari, Selgas, Catalina, y la turba académica en Europa; Pesado, Oyuela, Amenodoro Urdaneta, Cisneros, y la turba de corresponsales de la Real Española en América—; porque él se separó de las fuentes secas y de los yermos, en busca de montañas oxigenadas y de cataratas líricas; porque trajo del Extranjero lo que en el Extranjero encontró de bueno; porque fué él mismo, si no catarata y montaña, río de aguas transparentes y bosquecillo de sauces, Manuel Gutiérrez Nájera es considerado al presente en América, con justicia y razón, al par de Rubén Darío, José Asunción Silva, Julián del Casal, y tal vez José Martí—este último de filiación literaria inglesa y clásica española—, como uno de los renovadores de nuestra literatura.

Su romanticismo es, pues, post-realista, y, en los últimos años del poeta, contemporáneo del simbolismo. Así se explica el sabor nuevo de algunas composiciones, entre las postreras de Gutiérrez Nájera, y el que éste fuera precursor de los modernistas americanos, siendo nuestro modernismo vástago del simbolismo francés. Así se com-

prende que haya traducido á Coppée, mucho menos poeta que él, pero como él sentimental y no extraño á la verdad de todos los días. Este aparejar ambos nombres no extrañará á quien conozca, no sólo la obra poética, sino también la obra en prosa de Manuel Gutiérrez Nájera. ¿No hizo este "cronista" con las nimiedades de la vida cotidiana aquellos maravillosos tistés de arte y de sentimiento, sin rival en las literaturas de lengua española?

A más de la gracia, de la morbidez formal y de la nota de quejumbre ó amargor sentimental, caracteriza á Manuel Gutiérrez Nájera, en cuanto poeta, la voluptuosidad, una casta voluptuosidad casi femenina por recatada, y un suave misticismo persistente, ajeno á los dogmas, un noble sentimiento religioso; esa es la palabra, religioso—no clerical, ni teológico, sino religioso.

De tan varios componentes y otros que iremos descubriendo á medida que vayamos estudiando la psicología del poeta y su obra, ha salido un elegista, que esperaba morir como murió: en pleno mes de Abril.

*Morir y joven; antes que destruya
el tiempo aleve la gentil corona,
cuando la vida dice aún: soy tuya,
aunque sepamos bien que nos traiciona.*

*
* *

Gutiérrez Nájera, junto con Juan Clemente Zenea y Juan Antonio Pérez Bonalde, constituye tri-

murti de elegistas muy delicados é intensos del romanticismo americano.

Elegista es hogaño, cosa distinta de lo que antaño fué.

A la elegía, *ελεγία elegía*, se la llamó así de *ελεγος*, nombre del dístico elegíaco en que se la escribía.

Este dístico elegíaco—pentámetro con hexámetro dactílico—se empleó para cantar de guerra, de amor, de muerte, expresando afectos personales, mientras que el hexámetro homérico se guardaba para los cantos heroicos.

Más tarde, la elegía se restringió á lamentar estragos que produjo la tijera de Atropos. Y luego, á partir de Cátulo, causó Eros, en dístico elegíaco, muchas líricas heridas. Así se llegó á los tres grandes elegistas amorosos, por decirlo así, del tiempo de Augusto: el preciosista, irónico, madrigalesco y galanteador Ovidio; el sentimental, elegantísimo Tibulo; y Propercio, de sentir áspero, profundo y sincero.

En nuestra época, con la independencia métrica de que gozamos y el desarrollo alcanzado por la poesía lírica, la elegía no tiene metro fijo, ni consiste, exclusivamente, en lamentar penas que produce la Muerte ó que produce el Amor. Nos cuidamos poco de la preceptiva, de los preceptistas y de toda arbitraria clasificación. Ser elegista es, para nosotros, no cantar en tales ó cuales metros, ni de tales ó cuales asuntos, sino ante todo, sobre todo, poseer una manera de ser espiritual.

Ya se exhale como un Suspiro, ya alce los ojos

como un Extasis, ya se ponga la diestra en la mejilla como una Meditación, la Elegía moderna consiste en transparentar un espíritu de *ægrimonia*.

Considerado así Gutiérrez Nájera, aparece como el mayor elegista del romanticismo en América.

Puede ilustrarse esta opinión, recordando ó citando casi toda su obra y principalmente *Mariposas, Ondas muertas, Pax animæ*. Posee aquella melancolía, aquel misticismo, aquella predisposición á sufrir penas de amor ú otras penas, y aquella aptitud para cantarlas que es, en último análisis, como ya se insinuó, lo que caracteriza en nuestros días al élego ó elegíaco.

Elegista de amor ó elegista en el sentido restricto de poetas como Tibulo lo fué, supremo, en la inolvidable y repetida *Serenata*, con una intensidad de sentimiento que no tuvo Tibulo y que Ovidio ni sospechó siquiera.

Aunque no hubiese lamentado la inmisericordia de una cruel amada, como la Cintia de Propercio, ó la mujer sin nombre, de *Las noches*, de Musset (sin nombre, aunque todos sepamos quién es), pertenece al linaje de dolidos y sensibles amorosos.

Lo prueba sus versos *Con Julieta*, y más aún, las añoranzas de *La serenata de Schubert*. Ignoro á derechas la biografía de Gutiérrez Nájera. Lo juzgo por sus versos y por alguna que otra vaga información. No parece, repito, que tuviese una pasión única á quien consagrar todo su corazón y su arte, como Propercio, ó como el Becquer de las *Rimas*; pero hombre tan sensitivo (y tan feo según asegúrase que fué), mal pudo no sufrir penas de amor, y pe-

nas de amor se transparentan en varios de sus poemas, como los ya citados (1).

En cuanto á poeta del dolor, á poeta que lamentó la crueldad de Tánatos, nadie puso epigramas tan sentidos en la tumba de sus amigos.

*Venid, cantores, y de rosas frescas
cubrid el ara sepulcral: suspire
la brisa tremulante su elegía;
huya la luz, y silencioso expire
sin esperanza, sin consuelo, el día.*

.....
*Llega tú, la que guardas el secreto
de la perenne, inextinguible vida;
llega, y despierta con tu beso casto
á la hermosa dormida.*

Y qué maravillosas lágrimas aquellas con que lamenta la ausencia de su amigo Manuel Alvarez del Castillo:

*Con la voz suplicante del deseo
la vida enamorada te decta,*

(1) Nada más propenso á la declamación ó la vulgaridad, que esta poesía de confidencias y dolencias de amor. ¡Cuántos caen en el ridículo! Las miserias conyugales de ciertos rimadores claman por la música de Offembach, y un gallinero que se desternille.

Recuerdo el caso de Andrés Mata, un negrito de Carúpano, versecador y cornudo, cuyas lamentaciones han hecho las delicias de mucha gente de buen humor. Aquel negrito participa, por el canto, del ave, y por los cuernos, del ciervo: es un poeta elafórnito.

Se necesita poseer, como Gutiérrez Nájera, la blancura y las alas del cisne, para no tiznarse de ridículo; para encantar con nuestras tristuras, y para que ante ellas se diga ó pueda decirse:

endeche desolada la pálida Elegía,
según el gallardo alejandrino de José Antonio Calcaño.

como Julieta á su gentil Romeo:
—¡No te vayas, no es tiempo todavía!

Pero aunque no hubiese cantado, como un ruiseñor, en el sauce de las tumbas, aunque no hubiese llorado heridas de Eros, Manuel Gutiérrez Nájera, por su formación espiritual, sería siempre un encantador elegista. (1)

La preocupación de ultratumba, la inquietud filosófica, la emoción religiosa ante la Naturaleza, la ternura, han contribuido á producir el elegíaco. En alas de sus elegías, de un pesimismo epidérmico y casi mundano á menudo, toca otras veces el bardo cuando se interesa directa, sinceramente, ante el espectáculo del universo y se libra á la meditación filosófica, á muy altas cimas de la poesía.

De estas abordadas

á la orilla plutoniana de la noche y de la niebla,

como cantó Poe, una de las más felices me parece la que realizó en su barca *Después*.

*¡Sombra, la sombra sin orillas, esa
que no ve, que no acaba...*

(1) De muy buena ley lo fueron asimismo Zenea en sus poemas *Fidelia*, *En días de esclavitud*, siempre, y Pérez Bonalde en su famosa *Vuelta á la Patria* y en la desesperación de su canto á Flor, la hija muerta:

*Flor se llamaba; flor era ella;
Flor de mi vida, flor de mi alma;
Flor de los cielos: era una estrella;
Flor de los campos: era una palma.*

*La sombra en que se ahogan los luceros,
esa es la que busco para mi alma!*

El poeta, con curiosidad metafísica, se pregunta edónde va, de dónde viene; enigma hasta el presente insoluble, y, por ende, atormentador para estos interrogadores del misterio, espíritus de penumbra é inquietud, ansiosos de luz y de calma; calma y luz que, ¡ay!, no encuentran los idealistas escudriñando bajo el velo de Isis.

*¿Qué mar me arroja? ¿De qué abismo vengo?
¿Qué tremenda borrasca
con mi vida jugó? ¿Qué ola clemente
me ha dejado en la playa?
¿En qué desierto suena mi alarido?
¿En qué noche infinita va mi alma?
¿Por qué, prófugo, huyó mi pensamiento?
¿Quién se fué? ¿Quién me llama?
¡Todo sombra! ¡Mejor! ¡Que nadie mire!
¡Estoy desnudo! ¡Ya no tengo nada!*

El pesimismo triunfa. Las religiones positivas no despejan ciertas incógnitas, ni poseen el nepente que calme, en espíritus cavilosos, la sed de lo infinito.

*Ya vi que de la Cruz te desclavaste
y que en la cruz no hay nada...
como esa son las cruces de los muertos...*

*...Vuelven al coro tétrico los monjes
y vestidos de luto se adelantan.
Traen un cadáver... rezan... ¡Oh, Dios mío,
todos los cirios con tu soplo apaga!*

*Sombra, la sombra sin orillas, ésa,
ésa es la que busco para mi alma!*

No es este Gutiérrez Nájera de *Después*; este Gutiérrez Nájera cojitabundo y casi en desesperación, ni el más conocido ni el más estimado, ni el que más leyeron y leen jóvenes y mujeres. Hay otro Gutiérrez Nájera, dentro de la quejumbre de incomformidad, mucho más popular en toda América: el Gutiérrez Nájera de *Mariposas*, por ejemplo; de *Ondas muertas*, de *Castigadas*.

Y existe un Gutiérrez Nájera, aun más célebre, con celebridad de salones y gineceos, el de las evocaciones suscitadas por *La Serenata de Schubert*.

*Todo lo vuelvo á ver... Pero no existe...
Todo ha pasado ahora... Y no lo creo!
Todo está silencioso, todo triste,
y todo alegre como entonces veo!*

Yo no me atrevo á decidir si paralelo al poeta de las lamentaciones se desarrolló, espontáneo, en Gutiérrez Nájera un poeta mundano, voluptuoso, de amores y galanteos—el Amor y la Muerte son hermanos—, ó bien si contribuyó á esta última dirección de su sensibilidad una causa ajena, social, pudiera decirse: las mujeres.

Á él, que tan pulcra y lindamente supo cantar de amor, acudían hermosuras vanidosas para que las cantase, y Gutiérrez Nájera, que tuvo entre sus virtudes la bondad y la galantería, prodigó su mirra. A veces la emoción no despunta por ninguna parte en estos versos de álbumes y abanicos, y sólo la

coquetería versal redime del olvido, que acaso merezcan, esos burbujeos de vino espumante.

*Que lleguen á admirarte tus huéspedes, señora:
el mago de Circasia, la reina de Bassora,
el opulento obispo y el pálido prior;
yo solo abrí las puertas y preparé la entrada
por el rastrillo al noble, por la ventana al hada,
y por la azul escala de seda recamada,
al verso que te busca, cual joven trovador.*

Otras veces acierta, poniendo á compás su pedestre labor de encargo y el vuelo solemne de la musa:

*Soñadora de dulce mirada,
de mirada profunda que sueña
y que baja del alma á lo hondo
y en lo hondo del alma se queda;
las Venturas, cual blancas palomas,
revolando sumisas te cercan,
y tu mórbido cuello acarician
y en tus hombros de nieve aletean.*

Aparte lo que pueda ser, aun en los más sinceros escritores, coquetería, farsa, *pose*; dando á la literatura lo que es de la literatura: el decorado pintoresco, el traje de luces, y concediendo al poeta lo que de mimo, de comediante posea, descubrimos siempre en Manuel Gutiérrez Nájera á un hombre bueno. Aunque á veces nos parezca su sentimentalismo sin pasión, es decir, fingimiento; aunque á veces el sentimentalismo fuera en él más bien hábito, manera literaria, antes que fresca y cándida

emoción de ingenuidad, puede asegurarse que ningún poeta de México, y pocos de América, escondieron semejantes californias de ternura en el corazón. Puede asegurarse también que pocos poseyeron tan mágico arte para sacar á relucir los tesoros de su mundo interior, en aureas rimas incrustadas de obscuras esmeraldas, que parecen esperanzas desesperadas, y límpidas gotas de diamante, que semejan lágrimas.

*
* *

En ningún tiempo existió poeta menos "divino Herrera". De él no fueron, por fortuna, el énfasis, la retórica, la elocuencia, la sequía de sentimiento, la sobra de orgullo, la trabazón del hierro y del pámpano, que vale decir de la dureza heroica y de la garrulería sonora. ¡Á cuántos poetas ha perdido, aquende los mares, entre el Cantábrico y el Estrecho de Gibraltar esa poesía tribunical! En España hasta los místicos carecen de ternura. La pasión de esta raza es combativa. En los propios coloquios y deliquios místicos de Teresa la Santa hay una virilidad cejijunta. Cree uno en ocasiones que la monja abulense va á exclamar, como en la copla conocida:

Si no me quieres, te mato.

Aquel mismo semi-alemán de Becquer, á pesar de ser un pozo de emoción, á pesar de su sentimentalismo tudesco, llegó á rugir en grito espontáneo de abolengo andaluz:

*entonces comprendí por qué se llora,
entonces comprendí por qué se mata!*

Y no produzcan ahora los patriotas, como suele ocurrir, listas de nombres propios que me désmientan. Pueden existir esos poetas sentimentales en España; ¿pero quién los recuerda? Semejante preterición saca "bueno mi parecer. No los hay ó, cuando los hay, se les olvida: no gustan. No son la flor ni el alimento del país; nada tienen de común con los claveles sevillanos ni con el garbanzo de Castilla.

Pero no olvidemos á Gutiérrez Nájera.

Este poeta del amor y de la muerte, este observador desesperanzado de la vida, que de la vida saca á menudo la tela de sus sueños, advirtió, después de otros muchos desilusos, desde Salomón hasta Kempis, y después de muchos otros rimadores, desde Omar Kayama hasta Leopardi, que el dolor es amo del mundo. El descubrimiento, á primera vista, no parece original, aunque lo es. Ese descubrimiento — que es la más profunda lección de la vida — lo realiza cada alma, casi siempre, á costa del propio infortunio; y, casi siempre, para cada alma es novedad, cosa inédita. El egoísmo nos había echado una venda sobre los ojos: nunca vimos el dolor ajeno. Ahora, cuando la vida arranca bruscamente la venda, vemos claro en nosotros mismos. El dolor nos sorprende. Descubrimos tierra incógnita, un mundo ignoto; un mundo que apenas suponíamos vagamente que existiese.

En cierto modo cada hombre, frente á frente de

la vida, es Colón. El adentrarnos más ó menos en lo ignoto depende de la audacia de cada uno de nosotros; y del talento de cada uno depende la seducción en la manera de exponer los descubrimientos.

El talento de Gutiérrez Nájera se transparenta en esta fórmula de su vuelta de América:

En ti somos, Dolor, en ti vivimos.

Ya sintiéndose algo Colón, ya con su América en la mano, ya con la conciencia de que el dolor domina la vida, prueba el poeta la noble y generosa condición de su alma, en el empeño de evitar el dolor á los que ama:

*yo sé que todo es dolor
pero ella no, no lo sabe.*

Desconfiando él mismo de sus fuerzas para luchar con la vida, solicita el apoyo de la divinidad, lo que es síntoma de un espíritu religioso:

*Y tu poder es tan fuerte
y tal luchamos los dos,
que he llegado á aborrecerte:
ó ven más á prisa, ¡oh, muerte!
ó surge en mi sombra ¡oh, Dios!*

Este ritornelo no cesa. En otra parte el Dios invocado es el Galileo:

*Surge, surge, Jesús, porque la vida
ágil se escapa de mis brazos flojos,*

*y el alma sin calor, desfallecida,
muy lentamente cierra ya los ojos.*

Aunque D. Miguel Antonio Caro, el enorme crítico clásico de Colombia—uno de los repúblicos más ilustres de América, por sus virtudes, y de los más ilustres letrados por su saber y su vigoroso espíritu—; aunque hombre de ese calibre, superior á todos los Menéndez Pelayo y á todos los Valera de España, y sólo comparable con Andrés Bello, opine que á los poetas debe juzgárseles por lo que hacen y no por lo que piensan, es decir por sus cantos y no por sus ideas, parece imposible, á los ojos de una crítica más exigente que la crítica de Caro, en punto á ideas, no escudriñar el cerebro del poeta y saber lo que allí se esconde, ó lo que allí se produce. Las ideas son la fuerza motriz. ¡Cómo las pondremos de lado, sobre todo al considerar á poetas como Gutiérrez Nájera, en quien la concepción filosófica del universo fué, según advertimos por sus cantos, ancha fuente de pesimismo y amargura, no menos abundante que la de su temperamento delicado de sensitivo y sufridor!

Esta faz de su espíritu, no ha sido bien estudiada.

Al lado de este Gutiérrez Nájera triunfa con más facilidad y más éxito el Gutiérrez Nájera de los versos galantes y el maravilloso y único prosador, lleno de aticismo, de morbidez, de encanto, de voluptuosidad, de humor, de los cuentos y crónicas.

Escribo la palabra crónica á regañadientes. Crónica no es el nombre que corresponde á ese producto de Gutiérrez Nájera; no tiene ese produc-

to nombre en castellano por una razón muy sencilla: porque antes de Gutiérrez Nájera no existía la cosa.

Respecto á sus travesuras líricas: *Para el corpiño*, y otras por el estilo, son obritas maestras de frivolidad y de gracia que, sin embargo, poseen la gota de poesía indispensable á la eficacia perdurable, como algunas sortijas del Renacimiento, á pesar de su apariencia de fragilidad inocente, escondían la muerte, bajo la piedra preciosa, en unas gotas de veneno:

*La amapola, ya es casada;
cada mirto es un herido,
la gardenia immaculada
es la blanca desposada
esperando al prometido.*

¿Qué mujer no recitó, no recita en la América boliviana versos de Manuel Gutiérrez Nájera? ¿Qué poeta no meditó aquellos solemnes endecasílabos de *Pax Animæ*?

*¿A qué pedir justicia ni clemencia,
—si la niegan los propios compañeros—
á la glacial y muda indiferencia
de los desconocidos venideros?*

.....
*¡Ay! Es verdad que en el honrado pecho
pide venganza la reciente herida.
Pero perdona el mal que te hayan hecho...
¡Todos están enfermos de la vida!*

En los últimos años Gutiérrez Nájera se entretu-

vo en componer á la manera clásica, semi-horaciana, aquellas *Odas breves* que Justo Sierra compara con ánforas del Cerámico. A mí me gustan poco. En algunas, no obstante, se advierte el ala del águila y se oye al zenzontle.

Este poeta tan íntimo ha compuesto asimismo, como para probarnos una vez más, no sólo su virtuosismo de metrificador, sino su variedad de aptitudes, un poema objetivo, como dirían los pedantes: el poema *Tristísima nox*. En resumen, la personalidad dúctil, plasmable, casi femenina por lo delicada, de Gutiérrez Nájera, se impone á pesar de él mismo, al través de los muchos poetas que leyó y de la obra cambiante y varia que deja. A pesar de todo, en todo se le descubre al momento, no por la garra, como al león, sino por piel blanca y felpuda como al armiño.

Yo no quisiera saber si leyó, con más ó menos provecho, á tales ó cuales autores. Muchos imbéciles pueden leer á esos mismos autores, imitarlos, transcribirlos. No llegarán á ser Gutiérrez Nájera. Los envidiosos, que lo muerdan; yo me contento con admirarlo. Y Gutiérrez Nájera es de aquel número de autores á quienes más se estima cuanto más se comprende.

Cuentan que era desgraciado, es decir, feo, y aun asegúrase muy feo. Su alma, tan bella, tuvo entonces el capricho de aquellas reinas de cuento, todas delicadeza, que se trajeaban de labriegas. El palacio pudo ser cualquier cosa; pero la dama que allí vivió, ¡qué gran señora!

*
**

¿De qué medios se vale Gutiérrez Nájera para producir la hermosura y arrebatar el corazón? Creo que su secreto consiste en oírse á sí mismo, en repetir las músicas y voces de su mundo interior, con el gusto ignato que la naturaleza le dió y que el estudio y el arte afinaron. Se dirá que así obramos todos... ¡Qué error! La mayoría pone entre sí y la obra que produce un velo de literatura, á veces artificioso y chocante, á ocasiones artificioso y bello, pero siempre ajeno á la esencia del espíritu. Espíritu desnudo, sin falsos ropajes, ¡cuán pocas veces hemos visto! Todos están enfermos de literatura.

En cambio, para Gutiérrez Nájera:

Todos están enfermos de la vida!

Él también, pobre poeta, estaba enfermo de vida, no de retórica, y de esa enfermedad suya se contagió toda una generación, porque esa enfermedad suya, como la de ciertas conchas marinas, producía perlas!

Esa ingenua fuente de poesía que él dejó correr de su alma triunfó de la aridez ambiente y fecundó campos ajenos. Por eso fué reformador, no con la prédica, sino con el ejemplo y por virtualidad de su acción. Poeta, no retórico, tan sincero fué en su emoción y en su expresión casi siempre, que la parte de subconciencia que hubo en su producción, y que caracteriza á los creadores, aun á los más reflexivos, él la confesó ingenuamente:

*Me preguntas, oh, Rosa, ¿cómo escribo?
¿De qué manera, con menudas hojas,*

*cintas de seda y pétalos de flores
voy construyendo estancia por estancia?
Yo mismo no lo sé. Como la tuya
es, Rosa de los cielos, mi ignorancia.*

*Yo no escribo mis versos, no los creo...
Viven dentro de mí, vienen de fuera;
á ése travieso, lo formó el deseo,
á aquél, lleno de luz, la primavera.
A veces en mis cantos colabora
una rubia magnífica: la aurora.
Hago un verso, y lo plagio sin sentirlo
de algún poeta inédito, del mirlo,
del parlanchín gorrión ó de la abeja...*

He ahí la poética, ó un buen capítulo de la poética de Manuel Gutiérrez Nájera.

El fondo de su ser literario fué siempre romántico: el alma del poeta siempre tendía hacia el sentimiento, como la brújula al polo, á pesar de cualquier obstáculo ó encierro. Las poesías de sabor ó tinte ultra-sentimental se encuentran á lo largo de toda su obra desde 1876 y 1877, cuando publicó sus poemitas de adolescente, hasta 1895, fecha de su muerte. De su romanticismo lo que iba cambiando era el aspecto, no la esencia.

El triunfo de la novela naturalista, el asistir desde el observatorio del periodismo al drama social contemporáneo; la vida, en suma, á que no pudo sustraerse; la vida, con lo que ella tiene de enseñanzas humildes y de lecciones profundas le hizo componer poemitas de carácter semi-realista como *Calicot*.

El pobre tenderito francés oye que tocan. Es el cartero:

*Entra á la pobre casucha,
sube listo la escalera,
y se quita la cachucha
y desata la cartera.*

El tenderito recibe la carta trágica que le anuncia
la muerte de su madre.

*Las manos, lacias y flojas,
abre en hondo desconsuelo,
y de la carta las hojas
caen arrugadas al suelo.*

*Ya no es posible que acabe
de leerla; ¡ya no ve!
¿Para qué, si ya lo sabe?
¿Para qué?*

El triste añora su hogar, su infancia. La noche
discurre entre lágrimas. Pero no puede entregarse,
con libertad, al dolor ni á las nobles recordaciones.
El deber lo llama.

*Ya los últimos luceros
la mañana disipó...
Pasan ya tus compañeros...
Al trabajo, Calicot.*

De esta propia tendencia son asimismo: *La duquesa Job* (1884); *Lápida*; aquella, cuyo título no recuerdo, donde pone á disputar á dos jóvenes desposados enfrente de la cunita del hijo que están esperando, y algunas otras.

De 1880 es la preciosa y bien grabada

LÁPIDA

*Mucho silencio bajo los pinos,
la luz apenas se atreve á entrar
en esa calle de verdes tuyas
donde se enreda la obscuridad.*

*¡Cuántos amigos en los sepulcros
de blanco mármol ó piedra gris!
¡Cuántas alfombras de «ro me olvidés!»
miro olvidadas en el jardín!*

*¡Abajo, siembras, techos y torres;
el panorama de la ciudad,
el terso lago que duerme inmóvil,
la caravana que lenta va!*

*Y en este cerro desnudo y triste,
el alta reja, la férrea cruz,
y un jardinero que indiferente
mira el cortejo del ataúd.*

*Ya hemos llegado: ya abren la fosa,
suenan los golpes del azadón,
y el sacerdote, breviarío en mano,
reza las preces á media voz.*

*Los circunstantes, formando grupos,
muy pensativos la fosa ven,
y cada uno se dice triste:
¿Cuándo en su seno reposaré?*

*Otros recorren las avenidas,
los épitafios leyendo van;
hablan de aquella que ya no existe,
de la que llevan á sepultar.*

*¡Cuántos semblantes que nada dicen!
¡Cuántos dolientes de mal humor
porque se alargan las ceremonias,
corren las horas y quema el sol!*

*Uno se burla de los sepulcros;
otro contempla con ansiedad,
la tierra oscura, la blanca tumba
donde sus padres durmiendo están!*

*Sobre la arena recién regada
descansa inmóvil el ataúd...*

*.....
Y en esa caja negra y angosta,
ya para siempre reposas tú!*

Si este cuadro no se considerase de carácter realista, ¿cómo clasificarlo? Realista lo es, hasta en las enumeraciones.

Cítase íntegra esta pieza, no sólo por sencilla, blanca y bien cincelada, sino para que abone la opinión que se sustenta.

Cada vez que se haga en estas páginas una cita será ése el principal objetivo: que testimonie y valide el parecer del crítico.

Indícanse las fechas, no por capricho, sino para que por las fechas se examine y estudie la obra del poeta, á medida que se iba produciendo.

Así será fácil advertir que Gutiérrez Nájera no obedeció á una evolución literaria metódica que lo condujese del romanticismo al realismo, y del realismo al modernismo. No. Gutiérrez Nájera, que apareció en nuestro medio intelectual americano, en momento de transición, de alborio, de llegar á una

encrucijada de escuelas, refleja en su obra ese instante de tanteo y de ensayos de vuelo que duró diez ó más años; los mejores de su vida literaria.

No hubo lógica en su obra ó hubo una lógica superior: la del momento, ó la de sus lecturas entrecruzadas, ó la de su temperamento impresionista.

Sus primeros versos (1876-1877) son románticos. Esa blanca *Lápida* realista que hemos admirado es de 1880. El óleo, *d'après nature* ó casi casi, titulado *La duquesa Job* es de 1884. En cambio, *Tras los montes*, una ebriedad romántica, es de 1884; y *La serenata de Schubert*, hito sentimental de este soñador, de 1888.

Según se advierte, coexisten y alternan ambas manifestaciones de arte: la del sentimental y la del observador, la que lo coloca á dos pasos de Lamartine y la que lo distancia.

Con las composiciones que, ajenas á las dos tendencias indicadas, revelan al Gutiérrez Nájera nuevo, al Gutiérrez Nájera contemporáneo del simbolismo francés; aquellas composiciones por las que puede considerársele, no únicamente precursor, sino columna del modernismo en América, ocurre lo propio: no obedecen á una orientación fija, sino alternan con las de otro carácter. Las hay de 1890 como *La misa de las flores*, maravilla de gracia; *De blanco*, especie de sinfonía en blanco mayor, apareció el año 1888, y en 1884, *Nada es mío*, de frescura y encanto inmarcesibles.

Pero si el tiempo ha corrido, no mudó en el alma del poeta aquel fondo ó cimiento sentimental que lo hará sollozar *La serenata de Schubert* en

1888, ni aquél observar lo circunstante, con ojos cargados de alma. En 1893 apareció su maravilloso *Salmo de vida*, mezcla de imaginación, de realidad, de simbolismo; pieza hermosísima en que se funden ideas y sentimientos como los tintes opalescentes, dorados y róseos del crepúsculo.

Se trata del arribo de la primavera, como símbolo de renovación de la vida y de renovación de Psique, ó sea el resurgimiento del espíritu después del dolor. Jamás tan manoseado simbolismo, jamás, fué encarado tan gallarda y líricamente. La enferma que se levanta del lecho, en el poema de Gutiérrez Nájera, es el Alma:

*Tú que las iras del invierno calmas
nuestra inquietud, nuestro temor serena...
¡Qué gozo! ¡Ya está sana! ¡Ya está buena!
¡Ya estás, oh Primavera, en nuestras almas!*

Este poema es de lo más profundo y hermoso que produjo, en su laboriosa carrera, el admirable hijo de México.

Hablo de simbolismo, de romanticismo, de realismo, para servirme de palabras conocidas que puedan, á los ojos de todo el mundo, ir marcando los pasos de este soñador por los campos de la poesía.

Pero mucho se engañará quien, por esas etiquetas, que pegamos, un poco arbitrariamente, á las composiciones de Gutiérrez Nájera (para facilitar el clasificarlas) juzgase, ignorante de la obra de este poeta, que este poeta carece de personalidad y

se mueve, como el gallito de metal en las iglesias nórdicas, según la dirección del viento que sopla. No. Gutiérrez Nájera no obedece, en verdad, sino á su propio ser: y por eso, porque fué sentimental, siempre permaneció sentimental el fondo de su poesía.

Hombre capaz de impresionarse por cosas de varia índole y aun de índole antitética—que no en balde poseía extraordinaria sensibilidad—fué capaz de reflejar emociones distintas en su arte. Pero á todo cuanto salió de su pluma, puso aquel su señorial sello.

En puridad de verdad no fué hombre de escuelas. Sino que, sensitivo sincero, no pudo sustraerse á las varias sollicitaciones de la naturaleza ó á las diversas sugerencias del Arte de su tiempo.

Obedeció á su temperamento y á su época. Pero fué él, muy él. Su personalidad y su obra, muelles, dulces, púdicas, casi femeniles, son inconfundibles.

*

**

Aunque Darío empezó á imperar desde 1892, más ó menos, aunque el modernismo de América tomó por caminos distintos á los que siguió Gutiérrez Nájera—que sin embargo fué, en cuanto poeta de transición, precursor de los modernistas, la influencia del claro soñador mexicano sobrevivió en Amado Nervo, Luis G. Urbina y otros metrificadores del Anahuac. En Venezuela suscitó la vocación lírica de otro elegista, en quien un intenso amor de la naturaleza se unió á la melancolía innata que fué acaso en él presentimiento del más crudo infortu-

nio y de la muerte de hospital que lo esperaba antes de los treinta años. Me refiero á Víctor M. Racamonde. No hubo quizás país de nuestra América donde no se imitase á Gutiérrez Nájera; y, sin quizás, ninguno existe donde las mujeres dejasen de rendirle culto. Yo he encontrado su retrato en un rancho de las soledades orinocences, entre una virgen del Carmen y un ramo de flores.

La Revista Azul, que dirigió Gutiérrez Nájera en la capital de su país por los años de 1892 y 1893, si la memoria no traiciona el recuerdo, contribuyó á divulgar la obra del poeta en el Continente del Sur. Cuando murió, aún joven, en 1895, su muerte fué para los literatos novomundanos un duelo casi continental, á pesar de la dolorosa incomunicación de nuestros centros intelectuales.

Manuel Gutiérrez Nájera, representa en la historia literaria de América, lo que representan Miranda ó Nariño en su historia política: fué un Precursor (1).

R. BLANCO-FOMBONA

Madrid, 1915.

(1) Estas páginas, indignas del admirable poeta que las inspira, han sido escritas á trompicones, por compromiso de última hora. No escasearán repeticiones y hasta contradicciones. A medida que se han ido escribiendo las cuartillas, han ido saliendo para la imprenta. Ni siquiera se han podido revisar, bien, las pruebas.—R. B. F.

INDICE

INDICE

Páginas.

Luminarias.

Para un menú.....	7
Tres amantes.....	9
Mariposas.....	13
A Vicente Riva Palacio.....	17
Pax Animæ.....	20
Para el corpiño.....	27
De blanco.....	31
Tras los montes.....	35
Ondas muertas.....	38
La misa de las flores.....	42
La serenata de Schubert.....	51
A la Corregidora.....	57
La cena de Noche-Buena.....	60
París, 14 de Julio.....	68
A Altamirano.....	78

Elegías y Galanteos.

Salmo de vida.....	87
La soñadora de dulce mirar.....	93
En la muerte de Manuel Alvarez del Castillo.....	96
Primera página.....	99
Blanco.—Pálido.—Negro.....	103
Nada es mío.....	108
Lápida.....	111

	Páginas.
Para una hermosa.....	114
Para entonces.....	117
A Cecilia.....	119
Para la corona fúnebre de la señora Juana Diez Gutiérrez de Díez Gutiérrez.....	124
En el campo.....	127
Carta abierta.....	129
Non omnis moriar.....	134
Versos varios.	
¡Castigadas!.....	139
El hada verde.....	143
Con Julieta.....	145
Monólogo del incrédulo.....	150
En alta noche.....	167
La primera.....	169
Por la ventana.....	171
To be.....	175
De mis «Versos viejos».....	177
Calicot.....	182
La Duquesa Job.....	188
La abuelita.....	195
Tristissima nox.....	197
Las almas huérfanas.....	213
Odas breves.	
A Hidalgo.....	227
A un amigo.....	233
A Dyonisos.....	236
A Lydia.....	239
A Kamer.....	241
Jamás la forma que el poeta admira.....	243
A una tímida.....	245
Posad el vuelo, taciturnas horas.....	249
Ultima necat.....	251
¿A quién la palma de hermosura toca?.....	253
A un triste.....	255
A una artista.....	257
A Lydia.....	259
LIGERA APRECIACIÓN SOBRE GUTIÉRREZ NAJERA.....	263

PQ7297

.G8

A17

1915

CAP.

AUTOR

15593

GUTIÉRREZ NAJERA, Manuel.

TÍTULO

Sus mejores poesías, elegías, odas-

1433

En la **Biblioteca Andrés Bello** se irán publicando, sucesivamente, obras de:

José Enrique Rodó.—Rubén Darío. — Pedro-Emilio Coll.—José Verissimo.—Juan Zorrilla San Martín.—Francisco y Ventura García Calderón.—Manuel Ugarte. José Ingegneros.—R. Blanco-Fombona. — B. Sanin Cano.—Luis Orrego Luco.—M. de Oliveira Lima.—Alcides Arguedas.—Manuel Díaz Rodríguez.—Cornelio Hispano.—Manuel González Prada.—Enrique Gómez Carrillo.—F. García Godoi.—Antonio Gómez Restrepo.—Juan C. O'Leary.—Alfonso Reyes.—Amado Nervo.—Santiago Arguello.—Ernesto de la Cruz.—Carlos de Velasco —Fabio y René Fiallo.—Enrique Banch.—Hermanos Henríquez Ureña.—Alberto Ghiraldo.—Martiniano Leguizamón.—Jorge Ricardo Vejarano.—Armando Donoso. — M. Urbaneja Achelpoll. — Arturo R. Carricarte.—Manuel Gálves.—Tulio M. Cestero.—Manuel Sanguily.—F. Henríquez y Carvajal.—G. Picon-Fébrés. — Froilán Turcios. — Orestes Ferrara. — Juan Concha.—Jacinto López.—Luis Llorens Tórrès.—E. Cuervo Márquez.—Manuel J. Calle.—Jesús Semprúm.—S. Pérez Triana.—Hugo D. Barbagelata.—S. Díaz Mirón.—J. Gil Fortoul.—Javier de Viana.—E. Rodríguez Larreta, y otros autores americanos de la misma importancia.